

 PROGRAMA DE  
CULTURA

**Bpf**<sub>08</sub>

BIENAL PREMIO FEDERAL 2008

**letras**

Novela Corta  
Primer Premio

**Robles**

Mariano Quirós

**Letras**  
Novela Corta

---

**PRIMER PREMIO**

**Robles**

Mariano Quirós  
Provincia del Chaco

**SEGUNDO PREMIO**

**Monsieur el Rey**

Angelina Covalschi  
Provincia del Chubut

**TERCER PREMIO**

**Cuatro gatos locos**

María Marta Busso  
Provincia de Córdoba

---

**PRIMERA MENCIÓN**

**El informe de la seca**

Alberto Rodolfo Tasso  
Provincia de Santiago del Estero

**SEGUNDA MENCIÓN**

**El tiempo mata**

Agustín Gribodo  
Provincia de Buenos Aires

**TERCERA MENCIÓN**

**Sin ánimo de ofender a los dioses**

Humberto Hauff  
Provincia de Formosa

**MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO**

**Victoria Ocampo elige sombreros en París**

Eduardo Elías Rosenzvaig  
Provincia de Tucumán

**MENCIÓN DE HONOR PROVINCIAL**

**La otra Anastasia**

María Luisa Miretti  
Provincia de Santa Fe

**Robles**

## **Bienal Premio Federal 2008**

Letras

Novela Corta

### JURADO

Federico Jeanmaire (Presidente)

Samuel Bossini (CFI)

Laura de Arriba (NOA)

Ricardo Costa (Patagonia)

Orlando Van Bredam (NEA)

Julio Salgado (Centro)

Ángel Puente Guerra (Cuyo Andino)



AUSPICIAN

---



 PROGRAMA DE  
CULTURA

**Bpf**<sub>08</sub>

BIENAL PREMIO FEDERAL 2008

**letras**

Novela Corta  
Primer Premio

**Robles**

Mariano Quiros

Buenos Aires, Argentina. 2009



CONSEJO  
FEDERAL  
DE INVERSIONES

COLECCIÓN: **PROGRAMA DE CULTURA**

## **Bienal Premio Federal 2008**

Letras

Novela Corta

PRIMER PREMIO

### **Robles**

Mariano Quirós

1a Edición

.....700..... ejemplares

### **CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES**

San Martín 871 - (C1004AAQ), Buenos Aires, Argentina. 4317-0700. [www.cfired.org.ar](http://www.cfired.org.ar)

I.S.B.N.:978-987-510-084-8

Quiros, Mariano

Bienal premio federal 2008, letras. Novela corta, primer premio : robles. - 1a ed. -

Buenos Aires : Consejo Federal de Inversiones, 2009.

94 p. ; 22x15 cm. - (Programa de cultura)

ISBN 978-987-510-084-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Grafica...TITAKIS SERVICIOS GRÁFICOS

© 2009 Consejo Federal de Inversiones

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de los editores. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Distribución gratuita.

## PRESENTACIÓN

El concurso Bienal Premio Federal en Letras, organizado por el Programa de Cultura del Consejo Federal de Inversiones, en 2008 logró la participación masiva de escritores de todo el país, que presentaron destacadas obras en la disciplina de Novela Corta.

Cada trabajo literario seleccionado, algunos de ellos premiados, es un testimonio del talento de los escritores que han dado forma a su creatividad con una madurez en el estilo, con una manera de construir situaciones y personajes, en un clímax donde se desenvuelven dentro y fuera de sus pasiones, que les permite la asimilación de la trama narrativa desde la belleza, una belleza que nos deleita en el recorrido de sus palabras.

En este confluir del CFI en la cultura federal, está presente el compromiso de la Institución de continuar el camino emprendido para promover y apoyar todas las manifestaciones culturales de las provincias argentinas. En ese sentido, este libro demuestra no sólo el excelente trabajo literario del autor, la comprensión y confianza en él, sino también los resultados que se logran a través de nuestra trayectoria.

Felicitaciones por esta obra. En este reconocimiento dejo el deseo de un futuro impregnado de éxitos.

**Ing. Juan José Ciáccera**

SECRETARIO GENERAL

Consejo Federal de Inversiones





## Mariano Quirós



Nació en Resistencia, provincia del Chaco. Es periodista y Licenciado en Comunicación Social. Ha obtenido premios literarios provinciales y nacionales. Participó de las antologías de narradores *Unos cuantos cuentan cuentos* (Ed. Cospel 2004) y *Chaque tu lengua* (Eloisa Cartonera, 2008), entre otras.

Es editor de contenidos de la revista de cultura “Cuna” y ha publicado relatos, como *Cuatro perras noches*, junto a los escritores Germán Parmetler y Pablo Black y al artista Luciano Acosta.



## I - UNA FAMILIA

Cuando mi prima Paula comentó durante una cena familiar, así como quien cuenta que ha conseguido un nuevo trabajo, que estaba embarazada, y que estaba embarazada de mí, la primera reacción de la familia fue una sonrisa nerviosa y descreída, un par de miradas que cruzaban preguntas y que no esperaban otra cosa más que mi prima dijera que no, que sólo era una de sus frecuentes bromas, que qué susto se pegaron ¿eh? Sin embargo, Paula repitió, esta vez en un tono desafiante y para mi gusto un tanto caprichoso, que sí, que estaba embarazada, embarazada de su primo Alejo.

El primero en abandonar la mesa fue, como era previsible, el abuelo Tito. Faltaban unos pocos meses para que cumpliera ochenta años y en parte por eso consideré un despropósito la noticia arrojada por mi prima. No escuché lo que decía el abuelo mientras se levantaba de la mesa, pero no creo que se tratara de un insulto demasiado inspirado; quizás ni siquiera se trató de un insulto, quizás fue apenas una queja vaga y lejana respecto de la cercanía del Apocalipsis.

La familia Robles tuvo siempre un amplio sentido trágico, del que mi abuelo fue sin dudas un maestro ejemplar. Mi madre y mi tía Ana llevarían con el tiempo ese sentido trágico hasta extremos insospechados. Mi tía Marta, la hija mayor de mis abuelos, se había ido a Mendoza con dieciséis años recién cumplidos, con lo que tuve pocas, aunque sí muy sustanciosas, posibilidades de presenciar sus arranques de tragedia. No mucho tiempo después de aquella legendaria cena familiar, me enteraría de que al recibir la noticia del embarazo de Paula, mi tía Marta decidió

que ya era demasiado, que era momento de que ella y su familia, es decir, ella, su marido, es decir mi tío Lino, y sus cuatro hijos, es decir Ma del abuelo Tito era la excusa que mi tía Marta necesitaba para venir sin levantar demasiado el avispero.

Por lo demás, supongo que a excepción de los mendocinos todos pasábamos demasiado tiempo en casa de los abuelos Robles, desde hijas hasta nietos, mezclando siempre en la mesa a circunstanciales amigos o parejas. No es de extrañar entonces que nuestro pequeño mundo se concentrara en aquella casa y se extendiera apenas hacia sus alrededores, con lo que podría decirse que los ataques apocalípticos de Manuel, Pedro, Nicolás y Mara, viajaran hasta Resistencia y pusieran un poco de orden al resto de la familia. El cumpleaños número ochenta abuelo, transmitidos, como dije, a sus hijas, se referían ni más ni menos que a la situación que le había tocado atravesar a la familia en un momento determinado. Ya es un lugar común decir que cada familia es un mundo; me aferro pues a ese lugar común y continúo mi relato.

Mi abuela (nuestra abuela, debería decir, en honor a Paula), que al igual que mi tía mendocina se llama Marta, fue la más silenciosa a la hora de emitir su opinión, pero una vez que lo hizo fue lacónica: Paula y yo habíamos ido demasiado lejos, pero, decía la abuela, no éramos los únicos culpables. Detrás de nosotros se escondía la desidia de nuestros padres, el clima de irresponsabilidad y lascivia en el que fuimos criados.

Sé que en algún punto mi abuela se equivocaba: si bien la familia Robles, mi familia materna, representa un árbol genealógico prodigioso, su estructura moral, por llamar de algún modo a ese “algo” que nos rige, es más bien uniforme y conservadora. Pero

conservadora de un modo extraño. Digamos, las mujeres de la familia no buscan más que un hombre que les brinde contención y seguridad, lo que no implicaría problema alguno si ese deseo no estuviese a su vez oculto bajo un velo de mentiroso liberalismo y más mentiroso aún, reviente. Se habla mucho de sexo, otro tanto de drogas y alcohol, siempre en tono superado y de pretendida bohemia.

Miren a Clara Robles, mi madre: cierra los ojos y canta al oído de mi abuelo, el oído que funciona, una canción del Polaco Goyeneche, y quiere que todos creamos que el tango y Goyeneche tienen para ella un significado especial; dice que le gustan los tangos que hablan de putas y de reas, quizás porque ella nunca podrá ser ni una cosa ni la otra.

Ahora escuchen a Laura, mi hermana: como yo, fue adolescente en los años 90, y describe ahora con detalles inverosímiles la rugosidad de un cigarrillo de marihuana, el frío de la cocaína atravesando la nariz; se considera experta en estupefacientes, pero se escandaliza y juzga sin piedad a los verdaderos consumidores. Tal comportamiento lo hace extensivo a los temas sexuales. Ahí está mi prima Celia como ejemplo del juicio impiadoso de mi hermana: Celia es la única mujer de la familia que se atreve a confesar su más ferviente deseo: encontrar al hombre de su vida, hacer que el hombre de su vida la llene de hijos; la única de la familia que se atreve, y muy probablemente su escaso carácter y su enorme debilidad jueguen algún papel aquí, a probar todo tipo de drogas, a meterse en la cama de cualquiera. “La chica más hermosa de la familia”, según mis amigos, la chica más hermosa, sí, hasta el día en que, sin querer, entré en su habitación y la encontré desnuda, y en el breve segundo que mi mirada

se clavó en su cuerpo no pude pensar en otra cosa más que en aquella modelo anoréxica cuya muerte había convulsionado a todo el continente europeo.

Y después está Paula... hablar de ella es, como pueden suponer, una tarea más que difícil. Si digo que estoy enamorado quizás esté diciendo una mentira, si digo tan sólo que me gusta, que me dejo llevar sin miramientos de ningún tipo por una cuestión meramente física y sexual, también miento. Adjudicar, por otra parte, la cuestión al parentesco, al acercamiento a un incesto que para mí no llega a ser tal cosa, pero que nos encantaría que así fuera, es exagerado y en algún punto perverso. Prefiero decir simplemente que la quiero.

Ahí estamos los dos un domingo en casa de nuestros abuelos, tres años atrás. Yo tengo veinte años y Paula diecisiete. No puedo decir con exactitud en qué momento fue que empecé a mirar a mi prima con detenimiento y deseo. De lo que sí estoy seguro es de que nunca me sentí mal por las ganas que me invadían de enredar su boca con la mía, de apretarme contra sus piernas y de llevármela, sin pudor alguno, a la cama. Repito, no creo que se trate de amor, pero había desazón cada vez que llegaba a casa de la familia Robles y Paula no estaba allí. Y no creo que eso represente una simple calentura.

Paula acaba de leer en algún lado la letra de una canción y se acerca porque, dice, quiere que le explique un par de metáforas incluidas en los versos. La canción es de un cantante uruguayo que supo atravesar épocas mejores, me refiero a épocas artísticas, si es que tal categoría sirve para referirse uno a esas etapas en que los artistas parecen tocados por una varita que les permite

dar en la tecla con cada intervención. Pero esta canción, la que Paula me acerca, no es precisamente lo mejor que ha hecho este cantante. Es, de hecho, una canción espantosa, y eso mismo le digo a Paula: es una canción horrible. En primer lugar, digo, no hay metáfora alguna, pero en todo caso no es ése el problema. ¿Cuál es el problema? Que es demasiado melosa, o quizás demasiado poco honesta, el problema es que no le creo, y mientras digo todo esto, no sé por qué, a cuento de qué, empiezo a mentir. Miento en realidad, para impresionarla, para que me escuche, para que quiera, tanto como yo quiero, acurrucarse aquí junto a mí, en el sofá del living. El cantante en cuestión, le digo a mi prima, alcanzó su escasa popularidad más que con su música y sus canciones, con ciertos escándalos familiares, escándalos que en realidad no fueron tal cosa: el tipo se enamoró de su prima. Se enamoró de ella y se la llevó a vivir con él. Algunas revistas comenzaron entonces a hacerle caso y en poco tiempo logró que alguna que otra de sus canciones se colara en las radios. Hay algunas memorables. Entonces tarareo bajito dos de las canciones que más me gustan del dichoso cantante y una vez que termino de hacerlo le digo a Paula que mejor es olvidarse del tipo este, que hay cosas mejores. Paula esboza una queja y se va diciéndome que soy un amargado, que no entiendo nada y que por eso ando tan pálido y desdichado. Yo estoy recostado sobre el sofá y allí me quedo, mirando a Paula que me da la espalda. Al rato nos llaman a comer.

En la punta de la mesa está el abuelo Tito, que toma vino y come salame con queso. En una mesa ratona, ubicada estratégicamente a un lado, puso su pasacasete y desde allí aturde con tangos al resto de la familia. El oído derecho del abuelo

dejó de funcionar después de una de sus tantas operaciones, y el izquierdo alcanzará el mismo destino, por lo que los tangos suenan a todo volumen y el abuelo, para pedir esto o aquello, grita como un desahuciado. Además del abuelo, de Paula y de mí, en la mesa también están la abuela Marta, mi tía Ana, mi madre, Laura, Celia, mis primos Benjamín y Gonzalo, y mis hermanos menores, Juan y Ernesto, hijos de un segundo o tercer matrimonio de mi madre. No sé cómo empieza todo, pero es probable que las ojeras de mi hermana y de mi prima Celia tengan mucho que ver. Es obvio que pasaron una noche ajeteada, casi no hablan, y lo único que alcanzan a decir lo dicen con una voz cavernosa que deja entrever la espesura en el aliento de cada una. Mi madre y mi tía Ana miran a sus respectivas hijas con repudiable admiración, con cierta inexistente complicidad, como si ellas dos estuviesen al corriente de todo cuanto han hecho y dejado de hacer sus hijas. Mi abuela, mujer de su tiempo al fin y al cabo, dice poco, pero al parecer sus comentarios, por mínimos que sean, funcionan como gasolina para el ánimo revulsivo de mi prima, de mi hermana, de mi madre y de mi tía. Las cuatro asumen las palabras de la abuela como una ofensa, y lo único que la abuela ha dicho es que Laura y Celia volvieron, cada una por su cuenta, cerca de las diez de la mañana y con la pintura corrida. No es un comentario inocente el de la abuela, pero es, sí, un comentario que se puede dejar pasar. Pero en esa mesa nadie está dispuesto a dejar pasar nada. Mis hermanos y mis primos menores empiezan a molestarse entre ellos, el abuelo, que escucha poco de lo que sucede, pero que percibe el ánimo que colma la mesa, se suma a los más chicos y grita ahora como si estuviese en medio de una regresión, mientras mi madre le



grita a mi abuela que en vez de juzgar el espíritu libre de mi hermana y de mi prima, ponga su atención en la crianza angustiante y opresiva que dispensó a sus tres hijas, tres mujeres que debieron hacerse a sí mismas, a fuerza de ignorancia y de golpes, soportando el mandato familiar que decía que debían, antes que nada, ser estudiantes ejemplares, personas respetuosas de la autoridad, amantes condescendientes al servicio de sus maridos y del buen gusto de una burguesía a la que ellas tres, sus hijas, nunca pertenecerían. El silencio que esa metralla de acusaciones deja en mi abuela es atroz. Pero las cuatro mujeres no se detienen. De la solemnidad puesta por mi madre pasan sin escalas a la ironía, al comentario chabacano, que hiere con la misma eficacia el corazón ya lastimado de mi abuela, que permanece en silencio y que me obliga a creer que lo que ha hecho esa mujer, que todavía no es propiamente una anciana pero que tampoco le falta mucho para serlo, a sus tres hijas, a la formación, por llamarlo de algún modo, de esas tres mujeres, es construir un modelo de vida basado en la culpa y la condena, y cuyo inevitable corolario es la más burda y llana venganza. Con el visto bueno de mi madre y de mi tía Ana, Laura y Celia inician la crónica de la noche que han pasado; exageran o inventan determinadas aventuras, lo que habrá sido apenas un roce, ellas lo trasladan al terreno fantástico del erotismo, lo que no es más que un mareo lo adjudican al efecto excitante de alguna droga. Mi madre y mi tía cargan otra vez contra mi abuela: si las chicas se sienten atraídas por la droga, o por todo aquello sobre lo cual mi abuela Marta no dudaría en extender el manto de lo pecaminoso, es porque la abuela y su generación, a la cual ella reivindica con su silencio, con su balbuceo torpe e incomprensible, la abuela y

su generación, decía, no supieron ni quisieron poner un freno al avance del capitalismo, de ese monstruo civilizatorio que ha dejado dos, y sólo dos, posibles opciones: frivolidad o desamparo. A la generación de mi abuela, siguen mi madre y mi tía, la generación que no se atrevió a proponer y mucho menos a imponer lo que años después vendría a exigir la generación de ellas, de mi madre y de mi tía, es la responsable primera de los males que aquella misma generación, la de mi abuela, achaca y juzga, responsable del individualismo, del hambre y de la corrupción. La generación de mi abuela y no tanto la de mi abuelo, que aunque sea precisamente la misma generación de mi abuela, en el discurso que mi madre y mi tía pronuncian cada domingo aparece como la generación portadora de aquellos dos “valores” que las generaciones actuales han destruido sobre la base de la mera indiferencia y, sobre todo, a la más absoluta ignorancia. Me refiero, dice mi madre, al trabajo y al respeto, el respeto vinculado a cierta dignidad que ya no existe y que a nadie le interesa que exista. Mis primos y mis hermanos menores empiezan a levantarse de la mesa, pero un grito del abuelo los contiene: todavía falta el postre. No quiero postre, dice mi primo Gonzalo, pero su madre ya lo ha clavado a la mesa nuevamente, con lo que Gonzalo se queda en su sitio, con la mirada perdida en su plato vacío y escuchando lo que dice mi madre, que de elogiar brevemente a la generación de mi abuelo reemprende ahora contra la generación de la abuela Marta que, como les decía, no es otra que la generación de mi abuelo. La generación de mi abuela, entonces, negadora entre otras cosas de las ideas revolucionarias o anarquistas de sus antepasados, aquellos inmigrantes desesperados que llegaron a la Argentina en busca de paz y encontraron un

infierno bastante particular, aquella generación, la de mi abuela, en su afán conformista y negador de la clase trabajadora, aquella que Perón había reivindicado y hasta entronizado, de modo tal que se conformara a partir de ella, de la clase trabajadora de Perón, una cierta “identidad nacional”, es responsable principal de la situación por la cual atraviesan muchos jóvenes del siglo XXI, como Laura y Celia, dice mi madre, que buscan la libertad en futilidades, porque la generación de mi abuela, cuando mató y encarceló y mandó al exilio a sus propios hijos, les cerró, a Laura y a Celia, la posibilidad de encontrar, de tener o de crear, una salida colectiva, comunitaria. Mataron a sus padres y a sus hijos, dice mi madre, y condenaron luego a sus nietos.

La abuela Marta, que en todo este tiempo no ha dicho nada, apoya los codos en la mesa y se lleva las manos a la cara. Aunque no se escucha gemido alguno, ni se percibe algún posible espasmo, es evidente que llora. Es la primera vez en mi vida que veo llorar a mi abuela, y creo que también es la primera vez que la ven llorar mis hermanos y primos menores (Paula me dirá después que ella ya la había visto llorar en otra ocasión, cuando mi tía Ana la increpó por negarse a vender el viejo piano que llevaba años como simple adorno, mientras la familia apenas si llegaba a fin de mes). Mi madre, mientras tanto, parece satisfecha, como si hubiese dicho algo que tenía guardado desde hace años, pero lo cierto es que de una u otra manera lo ha dicho ya en reiteradas ocasiones.

El abuelo Tito aumenta el volumen del pasacasete, la voz de Floreal Ruiz se expande sobre la mesa, sobre la grotesca pintura familiar que conformamos, inmersos todos en el más inquebrantable silencio, que se corta sólo cuando la abuela, visiblemente

transformada, agobiada y llena de hartazgo se refriega los ojos y dice, en un tono que nunca he vuelto a escucharle, que ella nunca, pero nunca, nunca, ha tenido un orgasmo. Ahora sí envidio a mi abuelo Tito, ahora quisiera que no uno, sino mis dos oídos, dejaran de funcionar.

Ernesto, mi hermano menor, que no debe entender mucho de lo que sucede a su alrededor, empieza a llorar y a preguntar por qué llora la abuela. El abuelo Tito se levanta de la punta de la mesa, se acerca hasta el otro extremo, donde Ernesto llora como si lo estuviesen torturando, y agarrándolo del brazo lo arrastra hasta el patio, y allí le dice que si quiere llorar que llore, pero que no moleste a los demás, que quieren comer en paz. Paula se levanta y trae, ahora sí, el postre.

Una hora después, mientras el abuelo Tito duerme la siesta, la abuela Marta se hunde en la lectura de alguna de las tantas enciclopedias que utiliza para salirse un poco de la realidad, mientras mi tía Ana, mi madre, Laura y Celia, se broncean al sol, rodeadas por mis hermanos y primos, y mientras yo retozo con el diario del domingo en el mismo sofá del cual me levanté a la hora de almorzar, Paula se acerca con otra canción del mismo cantante uruguayo, y me pregunta si esta sí me gusta. La verdad es que esta canción tampoco me gusta, pero no me interesa desairar por segunda vez en un mismo día a mi pobre prima. Le digo entonces que sí, que por lo visto aquí el uruguayo estaba un poco más inspirado. ¿Y dónde puede uno distinguir esa inspiración?, pregunta ahora Paula. Le digo que no sé, que tal vez sea idea mía, que quizás ambas canciones sean igual de buenas o igual de malas, pero que a mí, por una cuestión que no sé

explicar, la segunda canción me resulta más interesante. Al rato Paula está frente a mí con tres discos del cantante uruguayo, y me pregunta cuál de esos discos es el que vale la pena escuchar. Elijo uno al azar y vuelvo a mentir: este disco es el que dedicó a su prima, a su actual mujer, este es el mejor disco del uruguayo en cuestión, y yo te lo dedico a vos, le digo. Paula sonrío y aprovecho su sonrisa para darle un beso. Después nos damos otro beso, y otro, y otro, y le hago un lugar en el sofá y escuchamos el disco del uruguayo, que a partir de ese momento, desde hace tres años, se ha convertido en nuestra banda sonora.

La primera persona que se atrevió a hablar conmigo, o mejor dicho, a marcar cada uno de los puntos que consideraba aberrantes sobre el embarazo de Paula, fue Laura. Dijo, entre otras cosas, que yo ya era un tipo grande, que me cabía un mayor grado de responsabilidad en tanto y en cuanto era una persona instruida (“con cabeza”, dijo), que todo esto semejaba problemas propios de familias que viven al borde, ese tipo de familias que viven hacinadas en los márgenes de Resistencia, familias a cuyos integrantes lo mismo les da acostarse con la hermana, con la prima, con los padres o hasta con los animales domésticos. Dijo también que formar parte de una familia disfuncional podía ser, en algún punto, entretenido y hasta “prestigioso”, pero que ciertas cosas se pasaban de la raya. Y dijo que si Paula y yo no queríamos arruinarnos la vida, ni arruinar parte de la vida de los demás, deberíamos pensar seriamente en un aborto.

Escuché a Laura con atención. No es que me asombrara lo que decía, en ciertos aspectos creía coincidir con ella, pero algo en todo aquello, en su tono, en su repentina caída en el sentido

común, me obligó a mostrarme indiferente. Por otra parte, Laura estaba mal informada: el incesto no es sólo cosa de pobres. Al contrario, es una práctica más bien aristocrática, incluso algo cortesana. Además, primas y primos se acuestan juntos todos los días. Sucede que nosotros, que somos parte integrante de una clase media un tanto difusa, una clase media que en una ciudad como Resistencia puede mezclarse tanto entre ricos como entre pobres, sin llegar a fundirse jamás, sin dejar de ser nunca lo que es, nosotros, decía, quedábamos en cierto modo más expuestos al escándalo.

Quise hacerle notar a Laura algo de todo aquello, pero lo único que pude balbucir fue que Vargas Llosa, el escritor peruano, está casado o al menos vive con su prima desde hace muchísimos años. Incluso, le dije a mi hermana indignada, existió una legendaria pelea a puñetazo limpio entre Vargas Llosa y Gabriel García Márquez, disputándose ambos el amor de la muchacha. Después de aquella pelea, más que pública, los dos escritores no habrían vuelto a dirigirse la palabra. Hay quien asegura además que la orientación política de uno y otro terminó definiéndose también a partir de aquella disputa, y sólo hace falta prestar atención a las amistades de cada uno para ver cómo distribuyeron esa parte de su vida y su obra. Pero lo cierto es que la chica en cuestión se quedó con su primo, es decir, con Vargas Llosa, y nadie puso el grito en el cielo ni se suicidó a causa de ello. Después agregué la historia del cantante uruguayo y de las canciones que este cantante había escrito pensando en su prima.

Laura me miró con lástima, aunque bien podría haber sido con algo de odio. Me recordó luego que yo jamás había escrito una sola canción, con lo que no podría compararme nunca con el

cantante uruguayo, pero puso especial énfasis en recordarme que yo no era ni Vargas Llosa ni García Márquez, y que mi altura literaria, si es que existe tal cosa, era la de un simple enano. Su último comentario fue como una puñalada en el estómago.

Desde mi niñez hacía esfuerzos por convertirme en escritor o al menos en poeta, o tal vez en ambas cosas, pero el paso de los años me demostraba que no tenía ningún talento para la escritura. Escribí varios relatos que mostré esperanzado a una buena cantidad de escritores consagrados de la ciudad, pero ni uno solo de ellos mostró entusiasmo en mi producción. Aquellos que me guardaban una cierta estima, sustentada en la plena obsecuencia que yo les profesaba, destacaban la fluidez evidente en mis textos, celebraban mi pericia, pero guardaban silencio en lo que respecta al estilo y a las temáticas puestas en mis obras. Sospecho que me consideraban un mal plagiador, o apenas un muchacho desesperado. Por eso tal vez me animaban a que continuara en mis esfuerzos literarios. Un escritor se hace en la práctica, me decían. No tengo dudas al respecto, pero resulta poco menos que desalentador descubrir que uno está a punto de cumplir treinta años y que lo más cercano que ha hecho a una verdadera obra literaria es dejar embarazada a su prima.

Ni que decir de la depresión que me invadía cuando el escritor que leía mis producciones se limitaba a guardar silencio, a darme la espalda, a mostrarse lejano y esquivo cada vez que coincidíamos en algún lugar.

La noche aquella en que Paula anunciara su embarazo a la familia Robles, yo había decidido inscribirme en un nuevo taller literario, porque, entre otras cosas, empezaba a perder la

vergüenza. Además, y sobre todo, había sido beneficiado con un primer premio en un concurso literario provincial, un primer premio que de todos modos no dejaba de generarme cierta incertidumbre.

Pero por otra parte, el trabajo como periodista en un diario de la ciudad ya no colmaba mis inquietudes, si es que alguna vez lo había hecho. Redactar boletines informativos, noticias políticas o de información general, y entregar una vez por semana una columna de opinión acerca de lo que pasaba en la provincia (una columna, además, debidamente supervisada), estaba lejos, muy lejos de mis expectativas. Y aunque mi madre y algún amigo insistieran en que debía aguantar, que muy pronto el periodismo me abriría nuevas puertas, yo sabía que tal cosa era imposible. Por lo demás, las eventuales puertas que pudiese abrir o no el periodismo, me tenían sin cuidado.

Me cuesta aceptar, y a veces hasta la sola idea me resulta intolerable, que el periodismo sea un camino hacia la literatura. Los periodistas son, por lo general, gente de escasa imaginación, vulgares sabelotodos. Y yo, para el resto del mundo, no soy otra cosa que un periodista.

Aquella frase de Laura, que me revestía de simple enanismo literario, me dejó sin habla y me obligó a dar por concluida la discusión con mi hermana.

Las mujeres de la familia Robles suelen ser muy crueles, incluyendo a la mismísima Paula. A la abuela Marta, sin embargo, y no tengo para nada claro qué es lo que influye en mi apreciación, la eximo de tal caracterización. Siento una extrañísima devoción por mi abuela, por su historia, por su afán mil veces



confesado de hacer de la familia un grupo socialmente apreciado, impoluto. Sin embargo, hay detrás de mi abuela una historia con evidentes ribetes sórdidos, en la que nadie hasta ahora se atrevió a indagar con verdadera convicción. El nombre completo de la abuela Marta consta de tres apellidos: Sarmiento Mercier Albarracín. Tres apellidos que ella lleva con hidalguía y a los que les ha sumado el Robles del abuelo Tito.

El padre de la abuela, Juan Celestino Sarmiento Mercier, murió cuando ella no había cumplido todavía el primer año de vida. Era comisario de frontera y por cuestiones que nunca estarán del todo claras acabó muriendo en Fortín Aguilar, una localidad perdida del Chaco, en el año 1931. Hay quien dice que la muerte de Juan Celestino no fue otra cosa que un ajuste de cuentas perpetrado en una pulpería roñosa: lo mataron de una puñalada certera o desafortunada, depende de cómo quiera abordarse el asunto. El puñal se clavó en la arteria humeral del brazo izquierdo y Juan Celestino se desangró en pocos minutos. Pero ajuste de cuentas, ¿de qué ajuste de cuentas podríamos hablar? En Fortín Aguilar, además de morir Juan Celestino nació la abuela Marta. La pobre abuela Marta.

La situación con mi padre no fue menos embarazosa: ni él ni yo sabíamos qué decir. Era obvio, sin embargo, que él quería decir algo. Tal vez haya querido llorar, aunque también es probable que haya querido reírse, pero lo seguro es que hubiese preferido estar en otro lado, o al menos frente a su hijo menor, que hasta ese momento sólo le traía problemas previsibles, problemas que mi padre conocía y a los que, si bien era incapaz de brindarles alguna solución, escondía sabiamente bajo el manto implacable

de su invencible sarcasmo. Era ese tipo de problemas propios de un hombre separado varias veces y con unos cuantos hijos en su haber.

Rodrigo Luna (ése es el nombre de mi padre) era, a diferencia de mí, un escritor consumado. A los treinta años había revolucionado el opaco ambiente literario de la época con un par de novelas que, según dijo la crítica de entonces, reformulaban el género policial argentino, tan monotemático hasta el surgimiento de mi padre. Supongo que tal reformulación tenía que ver con el hecho de que Rodrigo Luna había sabido trasladar los tics del género negro norteamericano al territorio chaqueño, o al menos al territorio resistenciano, con lo que había logrado una obra más novedosa que sorprendente. Los personajes de las novelas de mi padre eran tipos rudos y ásperos, como corresponde al policial negro, y poco les importaba jugarse el pellejo por una cosa u otra, de cualquier manera ya todo estaba perdido para ellos. Mi padre sabía, aun antes de sentarse a escribir, que sus finales no podían ser benévolos, no hay en el Chaco ese tipo de finales. El Chaco había sido, en realidad, su mejor personaje, su gran éxito. No hay quien quiera vivir en el Chaco pero tampoco hay quien pueda irse, decía, con lo que cerraba toda posible oposición.

Cuando a mí se me dio por anunciar formalmente que me dedicaría a la literatura, Rodrigo Luna, lo sé, reprimió lo que hubiese sido una sonora carcajada. Mi adolescencia fue, entre tantas cosas, una etapa tristemente prolífica. Es posible que entre los quince y los dieciocho años haya llenado media docena de cuadernos con relatos, poemas, aforismos y breves reflexiones, que no me privaba de obligar a leer a cada integrante de la familia materna, con excepción del abuelo Tito, ante quien me frenaba

un pudor ciertamente inexplicable. Por otra parte, sólo si el texto en cuestión había alcanzado la unánime celebración me atrevía a ofrecerlo a la familia paterna. Los resultados allí eran por lo general dispares: mis abuelos no decían otra cosa más que, muy bien, qué lindo; y mis tíos y tías apenas si me prestaban atención. Mi padre, en cambio, guardaba el más oscuro silencio. Yo me tomaba el trabajo de pasar a máquina cada texto y de entregárselo todo lo prolijo que me era posible, y cada vez que depositaba aquellas hojas en sus manos creía ver en sus ojos una dolorosa carga de miedo y vergüenza ajena.

Pero el día en que cumplí dieciocho años, Rodrigo Luna decidió que yo cumplía la mayoría de edad y que me correspondía asumir la responsabilidad de todo cuanto había escrito hasta entonces, en mis pocos años de escritor. Celebramos el cumpleaños en el Parque 2 de Febrero, de Resistencia, un domingo de agosto para el olvido. El viento norte pasaba rasante y levantaba toda la tierra acumulada alrededor de un césped que no existía. Como era de prever, todos estábamos de mal humor; la idea de festejar el cumpleaños en el Parque 2 de febrero había sido -como no podía ser de otra manera- de mi padre, porque de ese modo, dijo, evitaríamos la limpieza posterior, típica de este tipo de celebraciones. A medida que iban llegando, mis pocos amigos y amigas intentaban en vano acomodarse en un sitio que no ofrecía la menor comodidad. El resto de los invitados, es decir, mis parientes, evidenciaban cansancio y creo que si se quedaban allí era por simple lástima y porque veían en mis ojos toda la impotencia del mundo.

A decir verdad, el Parque 2 de febrero es un lugar hermoso. Como imaginarán, debe su nombre al simple pero contundente

hecho de que el 2 de febrero de 1878 desembarcó en Resistencia el primer contingente de friulanos, presumiblemente desesperados, porque de otro modo no se explica que hubieran deseado desembarcar en una tierra tan hostil, de clima francamente insostenible y, para colmo, poblada de indios. Pero quién soy yo para juzgar.

Como les decía, pasé en el Parque 2 de Febrero momentos de lo más agradables, incluida la tarde aquella en que me fracturé el brazo izquierdo al caer desde su monumental tobogán. Pero ahora, mientras festejaba de mala manera mis dieciocho años, comprendí que los buenos momentos pasados en el Parque no habían sido organizados ni por mi padre ni por mí. Hay gente que no debería ocuparse de ciertas cosas.

Rodrigo Luna había prometido encargarse de la comida: hamburguesas a la parrilla. También había prometido encargarse del mobiliario: habría, dijo, sillas para todos. Y había jurado, además, que habría bebidas frías, desde gaseosas y cervezas hasta su infaltable whisky. En fin, no me interesa abundar en detalles, baste decir que todo fue un grandísimo desastre, que culminó a la hora de soplar las dieciocho velitas mal dispuestas sobre una torta de dulce de leche a la que no le quedaba atisbo alguno de encanto ni atractivo, cuando Rodrigo Luna -que para entonces había quemado todas las hamburguesas que había intentado cocinar, había bebido las tres cuartas partes de una botella de Old Smuggler, whisky barato y de mala calidad, y había olvidado todo cuanto había prometido-, comenzó a decir en tono burlón que antes de cantar el feliz cumpleaños yo tenía que leer en voz alta y para todos mis invitados, alguno, no importaba cuál, de los poemas que había escrito en las largas noches de

mi adolescencia. Lo que hizo luego mi padre fue extraer desde algún lugar hasta entonces invisible para mí, un par de hojas que reconocí de inmediato. Ante mi negativa desesperada, casi un ruego, lo que hizo el escritor Rodrigo Luna fue comenzar a leer él mismo, a voz en cuello, un poema titulado, sencilla pero pretenciosamente, "Azul".

Cuando concluyó con la lectura, ante la azorada mirada de algunos y la divertida mirada de otros, yo me había convertido en otra persona. Cada verso que mi padre fue leyendo, acompañando con apropiados movimientos exagerados y amanerados, que para el caso viene a ser lo mismo, produjo en mí una transformación que no he vuelto a experimentar. Me di cuenta, entre otras cosas, de que soy un poeta terrible. Y me di cuenta, también, de que mi padre y yo ya no podríamos tratarnos como lo habíamos hecho hasta entonces. Si para algo sirvió mi cumpleaños número dieciocho fue para que Rodrigo Luna y yo comenzáramos a construir una relación mucho más sincera, carente quizás de afectividad, es cierto, pero igualmente incapaz de infligirnos algún tipo de dolor.

Ahora, cada vez que nos vemos, mi padre no duda en preguntarme qué ando escribiendo, y antes de que yo pueda contestarle, comienza a recitar alguno de mis poemas de la adolescencia. Mientras tanto, por aquí o por allá no dejan de hablar de él como una figura insoslayable de las letras argentinas, como el fundador de una corriente, como "la vanguardia clásica". Todas imbecilidades por el estilo, todas probablemente ciertas.

Ahora estamos uno frente al otro y yo acabo de contarle que Paula está embarazada. Rodrigo Luna abre los ojos bien grandes y me observa con detenimiento. No puede creer lo que acabo de

contarle, de hecho no lo cree, entonces me hace dos preguntas que desnudan, por un lado, su idiotez, y por el otro, su cobardía. Pregunta primero: ¿Y es ésa tu primera gran obra literaria? Y pregunta después: ¿Y qué dijo tu madre?

Que qué dijo mi madre: Clara Robles, madrina de Paula, no esquivó el impacto provocado por el inesperado embarazo. De a ratos pretendía que aquello era lo mejor que podía haber pasado: la familia crecía desde adentro, decía. Pero también solía caer en la cuenta de que el embarazo de Paula no era, ni por asomo, lo que la familia esperaba de nosotros, de Paula y de mí.

Mis padres fueron jóvenes durante la década del setenta y fue, creo, mi padre, el único de los dos que logró una cierta recuperación una vez acabada esa década. Clara tuvo, entre otras cosas, que soportar seis meses de prisión ilegal en el edificio de la Brigada de Investigaciones de Resistencia, brigada más bien de tortura, ubicada en pleno centro de la ciudad. De allí salió, por ejemplo, parte del grupo de jóvenes que sería asesinado en las afueras de Margarita Belén, una localidad distante apenas veinte kilómetros. En aquel grupo había amigos y compañeros de Clara y Rodrigo, lo que, desde luego, caló muy hondo en ambos. Pero, como les decía, es mi madre, y no tanto mi padre, quien manifiesta de modo casi descarnado y a veces conmovedor, las secuelas que dejó marcadas la dictadura en toda aquella generación.

Creo, quiero creer, que fue la literatura uno de los refugios que encontró mi padre para no volverse loco. El otro refugio, lo habrán notado, lo habré mencionado, fue su implacable sarcasmo, lo que bien observado no deja de ser más que otra forma de literatura. Mi madre, en cambio, quedó a la intemperie, y es probable que

Laura y yo, sus hijos, hayamos sido su único refugio, lo que, desde luego, no representa ninguna garantía. Y tal vez por eso, a medida que Laura y yo crecíamos, Clara necesitó tener más hijos, para contar así con nuevos e inacabables refugios. Sin embargo, lo que se percibe aquí y allá, tanto en mi madre como en nosotros, sus hijos (aunque no tanto en mí, y esto lo digo sin ningún tipo de arrogancia), es el más absoluto desamparo.

Lo que quiero decir es que el embarazo de Paula terminó de sacudir la extraña formación de mi madre, basada primero en los rígidos mandatos familiares, luego en los más rígidos aún mandatos militantes y, por último, en la inasible falta de mandatos (o pretendida falta de mandatos), de gente como mi hermana.

Por más que se esforzara, por más que intentara restarle dramatismo a la situación, era obvio que descargaba la angustia provocada por la gravidez de mi prima a través de pequeñas miserias que no hacían más que ensombrecer el ánimo familiar. Cuando nos tocó quedarnos solos, cara a cara por primera vez desde el anuncio de Paula, estaba tan incómoda que hilvanaba un desvarío tras otro. Dijo, por ejemplo, que ella sabía de muchos casos en los que los primos se casan o se acuestan entre sí, que no entendía por qué tanto alboroto; enumeró los nombres de cuanto personaje histórico e incestuoso vino a su memoria, en una pretendida ligazón entre genialidad y parentesco trunco; arremetió también, como lo venía haciendo desde hacía muchos años, y tal como grafiqué oportunamente, contra la abuela Marta, quien, según dijo, era normal que se horrorizara, que no se podía esperar otra cosa de una mujer tan hipócrita e ingenua, incapaz de aceptar que dos de sus nietos se metieran juntos en la cama; recordó que ella, Clara, tenía cuatro años cuando la

abuela Marta quedó embarazada de la tía Ana, y que la abuela no podía ocultar su vergüenza cada vez que debía explicarles a sus hijas mayores, a Marta y a mi madre, lo que implicaba un embarazo, y que terminaba hablándoles siempre de repollos y cigüeñas; —hasta los quince años, -dijo- mi madre, no me permitió andar en bicicleta, porque temía que perdiera la virginidad con el asiento de la bici. Sin embargo, nada de lo que Clara me cuenta reviste interés en este momento.

Conozco bien a mi abuela, y su arcaísmo, tanto como el del abuelo Tito, provoca más ternura que resentimiento. Apenas iniciada la década del sesenta, mi madre y mi tía Marta no habrían tenido más de cinco años, mis abuelos Robles contrataron, sin saberlo, un travesti como empleada doméstica cama adentro. Se llamaba Inés y lo único que llamó en un principio la atención de la abuela Marta, fue el tamaño de las manos y de los pies del travesti, que, supongo, habrá sido además un hombre de considerable tamaño. El asunto es que en aquella época el abuelo Tito trabajaba para una empresa de seguros y pasaba demasiado tiempo fuera de su casa; la empresa tenía, además, sucursales en Posadas, y el abuelo debía realizar viaje tras viaje. Mientras tanto, en Resistencia, la abuela Marta que, si bien es una mujer inteligente es también poco avispada, comenzaba a ver con preocupación la cantidad de comida que consumía Inés. Podía repetir el plato hasta cuatro veces, dice la abuela, era una mujer insaciable, aunque no sé si es así como se les dice a los travestis. Tampoco yo lo tengo claro, le respondo, según algunos psicólogos los travestis no quieren ser mujeres, pues de otro modo harían lo posible por quitarse el miembro, como hacen los transexuales. En



cambio, los travestis juegan y provocan con él, y en algunos casos el pene se constituye en su principal atractivo. Mi confusión se debe, le digo a mi abuela, al hecho de que al morir Cris Miró, uno de los primeros travestis argentinos en llegar al teatro de revistas, muchos periodistas pusieron especial énfasis en el hecho de que a los travestis hay que decirles mujeres.

La abuela Marta no presta demasiada atención y continúa con su relato. Inés era una empleada ejemplar, respetuosa y limpia. El día que llegó llevaba puesta una falda muy larga, que en la memoria de mi abuela es de color azul marino y que no dejaba ver las piernas de Inés, y llevaba también, eso sí, una camisa blanca muy masculina, pero como se trataba de la empleada a nadie le llamó mucho la atención ese detalle. Su peinado era rígido como el de una bailarina clásica, con lo que la frente, amplia y blanca, quedaba por completo al descubierto, y desde allí su pelo se estiraba para culminar en un rodete casi en la nuca de Inés. Las chicas, es decir la tía Marta y mi madre, comenzaron a tomarle confianza en poco menos que una semana de trabajo, y el peinado de Inés se fue haciendo en esos pocos días, algo más flexible.

Pero todo se fue al mismísimo demonio cuando el abuelo Tito llegó una madrugada desde Posadas. La habitación de Inés no estaba demasiado separada de la habitación de mis abuelos, y aunque Inés dormía con la puerta cerrada, como corresponde, al pasar el abuelo Tito frente a la habitación escuchó el muy estruendoso y masculino ronquido de la empleada, lo que hizo que se detuviera en seco y agudizara el oído -el mismo que perdería treinta años después- para escuchar ahora el bramido de la voz de Inés, que cuando hablaba entre sueños perdía toda la

delicadeza que la pobre mujer, digo bien o digo mal, no lo sé, se esforzaba en impostar.

¿Y qué era lo que decía Inés entre sueños? No sé, el abuelo Tito nunca brindó ese detalle. Lo cierto es que aquella noche Tito no pudo cerrar un ojo, y antes de que amaneciera no aguantó más y despertó a mi abuela, y con toda la firmeza que le fue posible imponer, le ordenó que apenas se levantara llamara a todas aquellas personas que Inés había presentado como referencia para hacer efectiva su contratación, y que recabara toda la información posible acerca de ella, de la empleada, porque para él estaba claro: Inés era un hombre.

Una vez que hubo dado la orden, el abuelo Tito se levantó, se vistió y dijo que debía trabajar más temprano que lo habitual, y que si surgía algún problema, que no dudaran en llamarlo. Después salió y no volvió hasta la noche.

La abuela Marta, que en un principio quedó congelada del susto, acurrucada bajo las sábanas, procedió luego con la suficiencia demandada por su marido; cuando lo consideró prudente, salió a la calle y fue a pie en busca de los lugares que Inés oportunamente le señalara. No tardó en encontrarlos. Se trataba de dos familias bastante más acomodadas que la familia Robles, y a la abuela le costó no poco trabajo dar con las palabras adecuadas para referirse a la situación que le estaba tocando en suerte. En realidad, para cumplir con su objetivo, es decir, para corroborar el sexo de Inés, apenas le hizo falta consultar en uno solo de los domicilios indicados. La mujer de la casa no hizo pasar a mi abuela, y desde el umbral, con aires superados y sin mostrar demasiado interés ni cortesía, se limitó a confirmar que sí, que Inés había trabajado en su casa y que, por supuesto, era un travesti, a

lo que agregó una pregunta hiriente y en algún punto humillante: —“¿a usted eso le genera algún problema?”.

Después de esa experiencia, la abuela Marta ya no tuvo el ánimo suficiente como para consultar a la segunda familia que Inés había tomado como referencia, además qué podía consultar, si estaba ya todo dicho. Sin embargo, pasó frente a la casa y se detuvo a observarla desde la vereda de enfrente, presa de una inmanejable envidia, porque sabía que allí vivía gente que no podía pasar penuria alguna, gente, por otra parte, culta, ese tipo de gente con la que mi abuela hubiese querido poblar su propia casa.

Cuando regresó de su extraño periplo matinal, no triste pero sí muy cansada, encontró a Inés fregando el piso y ejecutó lo que restaba de la orden impartida por mi abuelo.

Inés, dijo mi abuela, estoy enterada de tu problema y mi marido también está enterado; voy a pedirte que te vayas. Está bien señora, dijo Inés, y con un gesto ciertamente amargo, el travesti dejó caer el fregador y fue hasta su habitación, donde comenzó a empacar todo cuanto había traído. Después se metió en el baño y según mi abuela estuvo allí poco más de una hora. No sabía si preguntar qué le pasaba que tardaba tanto, no sabía si entrar de sopetón, para ver qué hacía, o quedarme sin más a la espera de que saliera, cuenta ahora mi abuela Marta. Cuando por fin salió del baño, Inés estaba igual que el día que llegó, con la misma falda y la misma camisa, y su peinado había retomado esa rigidez un tanto miliciana que, para qué negarlo, tan buena impresión había causado en mi abuela. Tan igual estaba Inés, que parecía que siempre estaba así, que nunca se acomodaba en lugar alguno. Antes de que se fuera, mi abuela le pagó por la semana trabajada y le dijo que lo sentía mucho, pero que no

sabía qué otra cosa se podía hacer. Inés le dedicó una sonrisa muy breve y le dijo que no se preocupara, que tampoco se podía hacer mucho. Después dio media vuelta y se fue. La familia Robles nunca volvió a verla y nunca volvió a tener noticias de ella.

Pero hablábamos de mi madre: después de pasar un rato justificándonos a Paula y a mí, con argumentos un tanto inverosímiles, se puso en pie y avanzó hacia el lugar que yo ocupaba en el amplio sillón del living de la casa de mis abuelos Robles. Se acercaba y decía que a ella le parecía bien lo que habíamos hecho, que le daba gusto ver lo mucho que nos queríamos, porque éramos, Paula y yo, dos personas muy especiales, y ella, mi madre, se enorgullecía de nuestro desparpajo, y cuando estuvo casi pegada a mi cuerpo, que seguía inmóvil en el sillón, cuando me tuvo a tiro, me soltó un par de sopapos que alcancé a desviar con mis brazos, mientras ella interrumpía las frases de justificación y elogio, frases de lo más locas, y las cambiaba por una metralla de insultos: hijo de puta, me decía, no sos más que un hijo de puta. Yo sólo atinaba a cubrirme la cara, porque de asestar cualquiera de los golpes que Clara me arrojaba con sus manos huesudas y firmes, me hubiese dejado una buena marca.

Cuando comprobé que mi madre estaba muy lejos de frenar su ataque, no tuve más remedio que quitármela de encima. Sostuve con fuerza sus brazos desde las muñecas, con toda la fuerza de que fui capaz, y la empujé hacia el otro lado del sillón, donde quedó acurrucada como un perro apaleado, con la mirada clavada en el techo y sin dejar de decir que yo no era otra cosa más que un hijo de puta.

Sólo recuerdo una ocasión en que mi madre y yo protagonizamos un incidente similar. Fue durante una cena (las cenas y los almuerzos, ya lo habrán notado, y lo seguirán notando a lo largo de este relato, representan momentos peligrosos en el ámbito de la familia Robles), también en casa de los abuelos, y fue también a causa de una confusión. Éramos muchos alrededor de la mesa dispuesta en el patio de la casa. Había invitados, parientes y no parientes, aunque justo es decir que en ese tipo de reuniones el parentesco solía confundirse, y todos allí parecíamos familia, y tal vez lo éramos, lo que no tiene por qué significar algo bueno, en tanto y en cuanto las familias suelen ser reductos más bien infernales, y hay quienes se pasan la vida haciendo el esfuerzo inconmensurable de dejar bien atrás todo cuanto tenga que ver con la familia, una pelca perdida de antemano, porque de una u otra manera, para bien pero casi siempre para mal, es imposible escapar de la familia y de todo aquello que la familia esté dispuesta a transmitirnos.

Así estábamos aquella noche, en familia. Sólo faltaba el abuelo Tito. Sus amigos, hombres viejos como él y otros no tan viejos que decían considerarlo como un padre, lo habían invitado a una cena a la que Tito no estaba dispuesto a renunciar. Mientras tanto, quienes quedábamos en el patio de su casa, un verdadero gentío, comenzábamos a beber más de la cuenta. Como ustedes saben, no me interesa abundar en los detalles de este tipo de anécdotas, por lo que me limitaré a mencionar que mi madre y yo estábamos sentados uno junto al otro, y llevábamos así ya unas cuantas horas. No sé si mi madre estaba ebria, pero yo seguro que sí, porque no paraba de hablar, no dejaba de articular una barbaridad detrás de otra, amparado en la impunidad que

me brindaban la juventud y el azoramiento de mis mayores. Y era Clara, precisamente, quien más me alentaba a que dijera esto o aquello, frases hirientes con las que yo pretendía desmitificar ciertas creencias muy puntuales y muy enraizadas que teníamos de nosotros mismos, todos los que compartíamos la mesa; creencias que sin duda habrán tenido que ver con nuestra -en apariencia- invisible represión sexual. Pero no importa.

Lo que sí importa es que en cierto momento, ¿tres?, ¿cuatro de la mañana?, el sentido trágico de la familia Robles dio muestras de su continuidad a través de las sucesivas generaciones: mi prima Celia y mi primo Gonzalo, que aquella noche no habrán tenido más de quince y diez años respectivamente, irrumpieron en el patio a los gritos, anunciando que el abuelo Tito estaba muerto en la vereda.

Después del escándalo que podrán imaginar, entre vahos alcohólicos y gritos inacabados, alguien comentó que el abuelo estaba efectivamente tirado en la vereda, aunque no muerto. Él también había bebido de más durante la cena con amigos, y había hecho un simple mal cálculo una vez que bajó del automóvil que lo trajo de vuelta hasta su casa. Un accidente por completo carente de épica.

El asunto es que una vez concluido el incidente, con el abuelo Tito durmiendo su borrachera en una habitación apartada del dormitorio matrimonial, donde, según me contaría luego mi prima Paula, la abuela Marta gemía un llanto quebradizo y conmovedor, mi madre y yo estábamos de nuevo uno junto al otro. Y fue entonces cuando uno de los dos hizo un leve comentario con respecto al abuelo (pudo haber sido ella, pero es probable que haya sido yo), un comentario referido, más precisamente, a

la conveniencia de que el abuelo Tito se muriese de una vez por todas, ya que de ese modo nos ahorraría momentos de angustia como el que acabábamos de vivir (ahora estoy seguro: el comentario lo hice yo, tal vez con aires bromistas, pero algo en el tono de mi voz me traicionó).

Mi madre no se equivocó esta vez: a la vista de todos, y sin que le temblara el pulso, me estampó una bofetada que me dejó mudo el resto de la noche, y que estuvo a punto de enmudecer también al resto de los comensales. Lo que sucedió después carece de interés.

## **II - ARTE EXTREMO**

No muchos días después de aquel domingo en que nos besáramos por primera vez, Paula apareció en casa de los abuelos Robles y dijo, con el excesivo énfasis con que decora cada una de sus declaraciones, “éste es mi novio”. La acompañaba un chico de unos dieciocho años, lánguido y desaliñado, en cuyos labios se dibujaba una especie de mueca que se quedaba a mitad de camino entre la sonrisa y el lamento. Como si completar el gesto iniciado implicara un esfuerzo desmesurado. Se llamaba Ignacio y, según dijo, se dedicaba al arte extremo.

Toda la familia quedó perpleja ante semejante afirmación. ¿Qué era aquello de arte extremo? Si los artistas en general provocan sensaciones encontradas, ¿cómo reaccionar frente a quien se declara un extremista?

El abuelo Tito, que no era hombre de confrontaciones vanas, eligió subir el volumen de su pasacasete, de modo tal que todo

cuanto pudiese decirse a partir de ese momento le llegara con un sonido entre brumoso y mudo. Alguien le preguntó alguna vez a mi abuelo cómo era escuchar con un solo oído, y él contestó que era como vivir con un caracol pegado en la oreja, y que lejos de escuchar el sonido del mar lo único que percibía eran “manifestaciones sonoras incompletas”. Como si el mundo padeciera un hipo interminable y, sobre todo, incurable; sentencia a partir de la cual no tardaba nada en dejarse caer en los arranques apocalípticos que lo llevaban a concluir que el mundo no tenía remedio. Ignacio, artista extremo y flamante novio de mi prima Paula, venía a darle a mi abuelo una nueva razón para decretar el fin del mundo.

Debido a la música que salía del pasacasete, un tango doliente y marginal, la explicación de Ignacio en torno a lo que él entendía como arte extremo, me llegó del mismo modo en que a mi abuelo Tito le llegaba lo que sucedía en el mundo. O, mejor dicho, aquello que el mundo le gritaba.

El arte extremo, creí entender, implica la utilización extrema del cuerpo humano, la puesta del cuerpo en función de la belleza. Supone, además, una forma de conectarse con el mundo que precisamente trasciende al cuerpo: trascender el cuerpo a partir del cuerpo.

Iba a replicar que eso no era nada nuevo y que, de una u otra manera, toda expresión artística medianamente bien ejecutada implica poner el cuerpo en función de la belleza, y que, por otro lado, todo aquello sonaba a puro palabrerío. Pero entonces Paula levantó la camiseta que Ignacio llevaba puesta y dejó su torso desnudo a la vista de todos. Esta vez el silencio, más allá del tango que parecía no tener fin, fue completo. Nadie se atrevió a



realizar comentario alguno, a excepción de Paula, que exhibía a su novio en cueros con una sonrisa enorme, que reflejaba aún más su belleza loca y juvenil. La belleza de Paula, quiero decir. El asunto es que el torso y los brazos de Ignacio, y también su espalda, estaban pintados de verde.

Mis hermanos y primos menores, que hasta ese momento casi no habían prestado atención al nuevo novio de la prima, se acercaron entre divertidos y admirados, y en sus ojos brillaba el interrogante acerca de lo que estaban viendo.

El cuerpo de Ignacio lucía un verde oscuro y militar, una tonalidad que acentuaba la violencia de la situación. Según explicó el muchacho, en un tono de voz neutro y maquinal, la elección del verde respondía a su plena identificación con ciertos reptiles. Así, sin más. Esto es sólo una primera etapa de la obra, decía, mientras Laura y Celia reprimían una larga carcajada y mi madre, la tía Ana y mis abuelos no lograban hacer a un lado el espanto que aquello les provocaba.

Paula, por su parte, no dejaba de reír e insistía con que Ignacio terminara de contar de qué iba la cuestión. En realidad, comentaba entonces el muchacho, que parecía no percatarse de lo que generaba, sino al contrario, parecía asumir aquello con la solemnidad de quienes saben que están haciendo algo trascendente, en realidad, decía, no estoy pintado: esto es un tatuaje que me hice hace un mes en Buenos Aires, y que constituye la primera fase de Reptil, mi primera intervención.

Mi hermana quiso saber entonces si se trataba de un tatuaje permanente o si, por el contrario, era ese tipo de tatuajes cuya imagen, o color en este caso, se desvanecen con el tiempo, a lo que Ignacio respondió lo que todos allí esperábamos: si el tatuaje se

desvaneciera, lo suyo, lo de Ignacio, dejaría de ser arte extremo. Antes de que pudiese continuar con su explicación, mi abuela preguntó qué opinaban sus padres acerca de su dedicación tan apasionada a esa forma artística. Ignacio, a quien hasta ese momento yo me había dedicado a estudiar con desconfianza, un poco por prejuicio y otro poco por los celos que me despertaba, dijo que si bien sus padres eran personas abiertas y que a simple vista parecían dispuestos a soportarlo todo, no veían con agrado su actividad pero sí se habían resignado a brindarle su apoyo hasta donde lo consideraran viable.

Mis primos y mis hermanos no dejaban mientras tanto de girar a su alrededor, tocándolo como si se tratara de un espécimen extraño, es decir, con la punta del dedo índice. Ignacio, lejos de reaccionar, parecía insensible al toqueteo, y continuaba con las explicaciones acerca de su arte. No tanto por evitar las molestias con que los chicos estaban sometiendo a su flamante yerno como para mantenerlos alejados de él, la tía Ana comenzó a decirles que se quedaran quietos, que se fueran a jugar al patio, que la gente de la casa quería escuchar y entender lo que les estaban explicando y que con ellos dando vueltas alrededor como unos enajenados la cosa se hacía todavía más complicada.

*Enajenados*, esa era la palabra. Yo no sé todavía qué cosa es el arte. Tampoco sé si me interesa saberlo. Sólo sé que hay cosas que nunca jamás llegaré a comprender y otras que comprenderé sólo a medias; ciertas expresiones que escapan a mí y a las que termino por obturar desde el más llano y ramplón prejuicio. Pero tengo a mi favor, o creo tener a mi favor, lo que en este caso tal vez no venga a cuento, porque qué necesidad puede tener uno de situarse ante el arte en posición de ventaja, tengo a mi

favor la predisposición a ser testigo de expresiones que dejan por el piso mi imaginación. Pero no, es cierto, no tengo nada a mi favor, salvo el argumento, en el mejor de los casos, de que puedo llegar a ser un resignado espectador o lector de arte extremo, lo que de alguna manera termina por convertirme en un mero enajenado.

Mis primos y mis hermanos, les decía, no le hicieron a mi tía el menor caso y continuaron dando vueltas alrededor de Ignacio, hasta que el artista extremo comentó en qué consistía la próxima etapa de su obra. Una vez que concluyó, el abuelo Tito apagó por fin el pasacasete, se levantó de la mesa y dijo que ya había escuchado demasiado, que ahora sí estábamos ante el fin del mundo.

Para llegar a la segunda fase de la intervención extrema que Ignacio llevaría adelante, debió, por supuesto, atravesar una primera etapa. La misma estaba dividida, a su vez, en dos instancias o momentos, que sucedían en sendas noches, y consistía en una ceremonia tan simple como compleja: en el salón de un centro cultural de la ciudad de Buenos Aires, mientras tres de los tatuadores más prodigiosos del país arremetían con tinta verde sobre la espalda de Ignacio, que estaba recostado bocabajo sobre una amplia tabla de madera, dispuesta a unos cuarenta y cinco grados del suelo, en otro extremo del salón cinco actores de teatro disfrazados con trajes que simulaban ser pieles de reptil, dramatizaban poemas de temática ecologista.

El asunto concluía cuando los tatuadores daban por finalizada su performance sobre la espalda de Ignacio, lo que se anunciaba con el inicio de una música un tanto marcial que uno de los actores se encargaba de activar. Luego, actores y tatuadores se hacían a un

lado, las luces del salón se encendían en su totalidad y sólo Ignacio debía permanecer allí, sobre la madera y bocabajo, hasta que los espectadores, que eran muchos más de lo que habían esperado inicialmente, se cansaban y emprendían la retirada (algunos admirados, expresando su satisfacción por el espectáculo con gestos grandilocuentes y con reflexiones que sonaban por demás atinadas; otros en silencio, pero con una visible sombra de desconcierto oscureciéndoles la mirada).

Cuando ya no quedó nadie en la sala, vino, entonces sí, uno de los actores y desató a Ignacio.

La noche siguiente se repitió el procedimiento, sólo que esta vez Ignacio estaba de cara al público mientras los tatuadores trabajaban sobre su pecho. Para sorpresa de los actores y artistas extremos, esa segunda noche la sala del centro cultural porteño se vio desbordada, y aunque se cuidaron de manifestarlo, todos sintieron que estaban fallando en algo. Una performance jamás llega a ser del todo buena cuando el público es excesivo, me explicaría luego Ignacio.

Por esa razón, para la segunda fase de Reptil propuso al colectivo artístico que la obra culminara en Resistencia, su ciudad natal, donde el público nunca podría ser tan numeroso como en Buenos Aires. Después de meditarlo un par de días, los artistas aceptaron la propuesta de Ignacio y pusieron en marcha las gestiones correspondientes para conseguir desde la financiación hasta el lugar adecuado para desarrollar su arte. Consiguieron todo rápidamente y la compañía no tardó en llegar a Resistencia. Eran en total, incluyendo a Ignacio, diez personas: tres tatuadores; cinco actores, dos mujeres y tres varones; la novia del actor más viejo del grupo, y una chica de unos 25 años que viajaba

en calidad de representante. Una torpe y a la vez irresistible alegoría circense.

La segunda fase de Reptil, según explicó al fin Ignacio, era también la más sacrificada: su cuerpo verde y militar sería punzado con alfileres del tamaño de agujas de tejer, diseñados especialmente para la ocasión, con los que se le realizarían pequeñas pero contundentes incisiones en la piel. Es decir, le arrancarían pedacitos de piel a pinchazos, en un orden simétrico que conformaría una hilera que nacería a la altura de las costillas y terminaría en su espalda, bajo el omóplato.

Supongo que sangraré mucho al principio, dijo Ignacio, pero una vez que cicatrice, se me formarán pequeñas escamas que simularán la piel de un reptil, y yo podré decir entonces que llevo conmigo la fuerza de un yacaré.

El sacudón que provocó la irrupción de Ignacio en el de por sí inestable fluir de la vida familiar, hizo que me sintiera desahuciado. Sabía que en el fondo, y quizás no tan en el fondo, todo tenía que ver con los celos que su presencia y su delirio me encendían. Ver a Paula, que hasta hacía unos pocos días buscaba la excusa que fuera para estar junto a mí, para que pudiésemos besarnos a escondidas estirando hasta donde se nos diera la gana el momento crucial en el que daríamos rienda a nuestra endogamia, verla, decía, tan entregada a los argumentos enfermos de ese chico por completo desquiciado, probablemente aburrido e ignorante de todo cuanto tuviese que ver con el arte, incluso con lo que él llamaba arte extremo, hacía que me comportara como un estúpido y que terminara compadeciéndome de mí mismo. Hacía entonces hasta lo imposible por llamar la atención, hablándole a mi abuelo Tito, cuya curiosidad lo había devuelto

a la mesa, de los verdaderos artistas extremos, de los artistas a secas, decía yo. Pero el abuelo no escuchaba, y aunque hubiese querido hacerlo tampoco hubiese podido, porque el bullicio en casa de la familia Robles era insoportable.

No lo resistí mucho tiempo más. Al margen de todo, pero sin moverme de la mesa, más triste que confundido, planeé en unos pocos minutos mi siguiente paso literario, la construcción de una historia que arrasara con el impacto instantáneo que provocan los artistas extremos. El protagonista de mi historia sería un artista de verdad, un artista capaz de lanzarse sin temor a la boca de un abismo, sin temor pero con una idea genuina. Un artista del hambre. Un enajenado de verdad. Pero al cabo recordaba que yo mismo no contaba con una idea genuina acerca de nada, lo que representaba un obstáculo insoslayable si mi intención era escribir sobre alguien sostenido en argumentos sólidos. Todo lo sólido se desvanece en el aire, recordé, y ya no pude avanzar. Por perderme en ese tipo de cavilaciones no alcancé a escuchar lo que Paula me decía en ese momento, y tardé en percatarme de que hacía ya un buen rato que todas las miradas se habían posado en el rincón que yo ocupaba en la mesa familiar.

¿Estás o no?, preguntó mi madre.

Ignacio quiere, dijo por fin Paula, que te hagas cargo de escribir el catálogo, el cuaderno de bitácora, si querés llamarlo así, de la intervención Reptil; leyó un par de cosas tuyas que le hicieron reír y dice que sos el indicado para plasmar en palabras lo que él y su colectivo artístico plasman con el cuerpo.

Tal cual, se limitó a decir Ignacio.

Medité el pedido no mucho más que un segundo. Por un lado, ¿qué podría escribir yo sobre arte extremo, arte que probablemente me

superaba y al que hacía un instante me había dedicado a vituperar desde la más honda ignorancia? Y por otro lado, ¿qué había escrito yo que pudiese haber hecho reír a Ignacio? Dije que sí, que escribiría aquel cuaderno de bitácora, y lo dije como quien toma largo impulso antes de saltar finalmente al vacío. La familia Robles saludó con entusiasmo mi decisión.

En un principio pensé que lo mejor sería investigar, leer un poco sobre arte extremo, enterarme al menos quiénes habían sido sus precursores. Pero no contaba con el tiempo suficiente. Ignacio tampoco supo recomendarme bibliografía y tras intercambiar con él un par de palabras, sin el acoso familiar y con una cierta tranquilidad, me percaté de que Ignacio no sólo no había leído nada sobre arte extremo sino que muy probablemente no había leído nada de nada, ni siquiera aquel inexistente texto de mi autoría que lo había hecho reír. Todo ello, por supuesto, me causó una profunda decepción. Tampoco sus compañeros podrían ayudarme: están todos concentrando, dijo Ignacio, se toman muy en serio esta intervención y no estaría bien que los molestáramos. Y por lo demás, agregó, no creo que alguno de ellos haya leído algo al respecto, es como si lo tuviesen incorporado y punto, ¿entendés?

Miré a mi prima Paula con una cierta desazón. Un tipo que no leía y el resto de sus compañeros me pedían que escribiese algo para ellos. Un tipo que no leía le pedía a mi prima que yo escribiese algo para él, y a la vez se quedaba con mi prima. Me pregunté por qué, por qué pasaban este tipo de cosas, y después me fui de la casa de mis abuelos dispuesto a escribir del modo que pudiese alguna idiotez sobre arte extremo.

Con ayuda de Internet pude interiorizarme en algún que otro

punto. Pero lo más interesante fueron los ejemplos que pude obtener y que por crueldad y sadismo habían sabido despertar “polémicas” entre quienes se abocan a debatir este tipo de cuestiones. El más conocido, o quizás el más actual, debe ser el caso del artista costarricense Guillermo Vargas Habacuc, que en su muestra *Eres lo que lees*, mantenía atado sin comida ni bebida a un perro callejero y enfermo al que los visitantes a la muestra veían morir lentamente. De ese modo, según el artista, desnudaba cierta hipocresía humana, ya que muy pocas veces nos detenemos cuando en la calle se nos aparece un perro hambriento, simplemente lo naturalizamos y pasamos a su lado como seres por completo insensibles. Un perro moribundo, atado en las galerías de un museo, provoca otra reacción. Después de revisar un poco más en Internet vi que muchas de aquellas expresiones extremas apelaban a eso: a la crueldad y al sadismo. Supe de profanadores de tumbas que exhibían cadáveres embalsamados, o cadáveres dispuestos de manera tal que imitaran el Kama Sutra, o esqueletos humanos, el colmo de la desnudez, penetrando en agujeros invisibles o en ese inmenso agujero que es el cuerpo humano. Y a medida que avanzaba en mi pobre investigación, el extremismo se hacía más cruel y recordaba yo aquellos personajes extremos de Dostoievski, que azotaban a sus caballos hasta sacarles lágrimas de sangre y los obligaban a transportar cargas imposibles, tan imposibles que eran capaces de hacernos dudar de la existencia de Dios. Y llegaba luego hasta Albert Franza, que exponía fotos de madres haitianas dando de comer a sus hijos sopa de papel, e instaba a los eventuales asistentes a su exposición a que probaran un poco de la sopa que se preparaba allí mismo. No tenía, en definitiva, mucho que decir acerca del arte extremo.



Mi propio carácter conspiraba contra mí. Decidí por eso que el catálogo o como se llamara lo que pensaban presentar bajo el nombre de Reptil aquellos enajenados extremos, se basara simplemente en un breve listado de artistas que yo, Alejo Luna, consideraba extremos y, por qué no, en algún punto desquiciados. Y aunque hubiese resuelto así esta parte del problema, tampoco tenía del todo claro quiénes eran aquellos artistas.

Mientras escribo, mientras relato esto que relato, me pregunto qué esperaba Paula de mí en aquel momento. Qué hacía ella mientras yo me devanaba los sesos, mientras me convertía en un mero infeliz. Y qué hacía el resto de la familia. Nunca lo sabré, no quiero saberlo. Quiero estar lejos.

Tardé un par de días en decidirme, pero lo que ofrecí finalmente como posible catálogo decía más o menos así:

**Listado posible de artistas extremos que me interesaría estudiar:**

*Borges: de modos distintos, pero con la misma inteligencia apasionada, Ricardo Piglia y Alan Pauls se refieren a Borges y a su entrega temeraria a esa boca de león que suele ser la lectura. Borges, casi ciego, y contradiciendo todas las recomendaciones oftalmológicas que le han hecho, se obstina en avanzar con la lectura del sin fin de enciclopedias que se acumulan a sus pies. La lectura como arte. A partir de Borges, los buenos escritores, aquellos que se reconocen como buenos escritores, han sabido destacar mucho más aquello que han leído que lo que han escrito. De lo que ellos escribieron, lo saben, hablarán otros buenos escritores. Una vez escuché decir a José Gabriel Ceballos, un escritor correntino al que admiro y envidio muchísimo, que él se jactaba de ser un gran lector, ya que como escritor sabía que daba pena. Si bien Ceballos está muy lejos de dar pena, aquella vez yo pensé de inmediato en Borges, y pienso ahora que los buenos escritores saben que no hay arte más extremo que la lectura enfermiza, enajenada.*

*Charly García: no somos todos iguales, dice el músico de rock y salta desde un noveno piso y hace blanco en una piscina. Está en un hotel de la ciudad de Mendoza y periodistas de aquí y allá lo persiguen en busca de su próximo escándalo. Pero no se imaginan lo que García planea, más allá de que lo deseen. Más tarde, la televisión mostrará hasta naturalizar, la imagen del cuerpo del músico cayendo, desgarrado y único, desde las alturas.*

*Carlos Wieder: el poeta aviador imaginado por el escritor chileno Roberto Bolaño, que dibujaba versos apocalípticos en el cielo. La inclusión de Wieder en este grupo puede discutirse, ya que el artista era en algún punto la encarnación del Mal, el espíritu del Mal absoluto, y hay quienes aborrecen del Mal y aseguran que allí nunca, de ninguna manera, podría esconderse belleza alguna.*

*Lorenzo ¿?: ya que hablamos de Wieder y de Bolaño, hablemos de Lorenzo (o Lorenza, como también le gustaba que lo llamaran). Otra creación de Bolaño, Lorenzo era un chileno pobre, sin brazos y homosexual, a quien le tocó vivir en Chile durante los primeros años del régimen pinochetista. Según cuenta Bolaño, a punto estuvo Lorenzo de matarse. En cambio, a último momento consideró que en su condición (pobre, mutilado, marica y Pinochet) el suicidio sería una mera redundancia, y que la única alternativa digna que le quedaba para sobrellevar su vida era convertirse en poeta o artista. Lorenzo se dedicó a pintar (con la boca y con los pies), a bailar, a cantar y a componer canciones. Su vida es increíble. Búsquenta.*

*Paul Desmond: muchos autores han dedicado ya varios párrafos a este saxofonista norteamericano creador de clásicos del jazz, a quien los médicos advirtieron que de seguir tocando el saxofón el cáncer le comería la garganta. Paul Desmond sigue el ejemplo de Borges y se lanza de bruces tras su propio abismo.*

La lista de artistas extremos incluía unos tres o cuatro nombres más, a cuál más o menos obvio, pero no vale la pena reproducir el listado por completo. Espero sepan comprender.

Resistencia no es una ciudad bella, mentiría si dijera lo contrario. Una vez entrevisté al humorista gráfico Miguel Rep, creador de unos cuantos personajes memorables y revolucionarios en más de un sentido, durante una visita que el tipo hiciera a la ciudad, promocionando alguno de sus tantos libros. Entonces Rep dijo que le gustaba venir a Resistencia porque aquí tenía muchos amigos, pero que jamás podría vivir en semejante ciudad, en el colmo de la fealdad, plagado de mugre y miseria. Aquellas palabras el dibujante las había dicho dentro de un centro cultural llamado “El Fogón de los Arrieros”, creado a fines de la década del 40 por un grupo de intelectuales muy antiperonista y muy progresista, inclinado a la vida bohemia; un lugar que además de convertirse en refugio exótico de la pobre aristocracia resistenciana supo convertirse también en toda una institución cultural de la provincia, un espacio ciertamente indiscutible e irreprochable. Mi padre, el escritor Rodrigo Luna, solía ir cada vez que lo invitaban, pero una y otra vez insistía en recordarles a todos, cuando ya el whisky había deformado su semblante inicial, que no eran más que gorilas, pobres tipos funcionales a la nada.

Por lo demás, el Fogón es un lugar ciertamente extravagante. Tiene entre sus atracciones una hélice de avión colgando de una pared, hélice que además habría pertenecido a un Laté 28 propiedad del emblemático aviador francés Jean Mermoz, quien junto a Saint Exupéry se ha convertido en un prócer mundial de la aviación; hay una hermosa colección de máquinas de escribir; Rita Hayworth ha dejado allí el botón de algún corpiño que se expone como un trofeo, Carlos Monzón sus guantes de box, y los tapes del legendario escultor Juan de Dios Mena miran desde atrás de un vidrio. Cuenta la leyenda que

una de las osadías más celebradas de los fundadores del Fogón fue disponer junto al inodoro del sanitario, ejemplares del libro “La razón de mi vida”, de Eva Duarte de Perón.

El prejuicio familiar, muy bien transmitido, demoró mi entrada al lugar, pero una vez que entré tampoco me hice demasiados problemas. No me interesaba convertirme en una suerte de habitué. Además compartía el juicio ebrio de mi padre: el Fogón de los Arrieros era espacio y residencia de gorilas.

Allí fue donde Rep dijo que Resistencia era una ciudad portadora de una fealdad escandalosa. Pobre Rep. Tan acostumbrado a Buenos Aires. Resistencia es horrible, eso está claro, pero pobre Rep, cuánta ignorancia. Cuánta ignorancia acumulada en ese Fogón de los Arrieros. Y allí, en el Fogón de los Arrieros se llevaría a cabo la segunda y última etapa de Reptil, la performance de arte extremo de Ignacio y su colectivo artístico.

¿Cómo consiguieron que el Fogón de los Arrieros les permitiera la entrada? Es un misterio sobre el cual no me interesó profundizar. Pero estoy seguro de que los encargados de bregar por los intereses del Fogón no tenían mucha noción acerca del proyecto que estaban a punto de cobijar. Si apenas lo hubiesen imaginado no creo que lo hubieran admitido. Sin embargo, allí estábamos...

El evento había sido anunciado para las nueve de la noche y faltando todavía veinte minutos para que empezara la sala del Fogón ya estaba colmada. Yo llegué con Paula, con mi tía Ana y con mi primo Gonzalo, que es tan chismoso como ubicado, una contradicción que lo convierte en el compañero ideal para situaciones estrafalarias. Gonzalo abría los ojos como platos cada vez que cruzaba su mirada con algún personaje un tanto extraño, con lo que quiero decir que Gonzalo

se pasaría buena parte de la noche con los ojos abiertos como platos, ya que si algo predominaba entre el público eran los personajes extraños.

Se trataba, en su mayoría, de jóvenes insatisfechos y en franca rebelión contra el resto del mundo, o al menos, de jóvenes que se consideraban en franca rebelión, aunque lo cierto es que no eran más que jóvenes angustiados cuyas vidas se acoplarían en poco tiempo a la grisura general. La disconformidad y el hastío sólo eran capaces de expresarlos a través de la vestimenta y del maquillaje. Lo bueno, quiero decir, lo rescatable de ese conglomerado juvenil, era la impostura, el convencimiento de que estaban en un nivel superior, tanto grupal como individualmente, lo que ayudaba, además, a que despertaran una cierta ternura. Eran adolescentes, genuinos y tardíos, y yo, que hasta esa noche me consideraba a mí mismo como un adolescente tardío, asumí con desdén hacia los verdaderos jóvenes, el argumento de que era ya un poco más adulto. Cuán equivocado podía estar tampoco es algo que me interesara demasiado.

Lo cierto es que llegamos al Fogón sin mucha convicción. Conseguimos una buena ubicación y nos dedicamos a esperar en silencio el inicio de la obra. Los jóvenes, a su vez, iban ocupando mesas y pese a ser una buena cantidad eran también muy poco bulliciosos. O, mejor dicho, el bullicio que provocaban era semejante a un susurro sostenido y monocorde, como una canción de cuna. Sólo cuando las luces se apagaron por completo uno de ellos se atrevió a soltar uno que otro grito que no hicieron más que corroborar al niño que todos llevaban dentro.

Una luz cenital irrumpió con violencia y de pronto el público tuvo frente a sí a Ignacio, al cuerpo verde de Ignacio amarrado a una

carretilla de carga, con los brazos extendidos y entablillados como ofreciéndose en sacrificio. Mi tía Ana se llevó una mano a la boca y con la otra apretó con fuerza mi antebrazo. Paula, ubicada a mi derecha, parecía abismada, una sombra le cubría la cara y deduje que el acto que estábamos a punto de presenciar empezaba a darle miedo. Gonzalo, en cambio, mantenía la fascinación del principio, y su mirada no sabía si hacer foco en Ignacio o en el público, cuyo embotamiento no dejaba de sorprender.

Mi reacción no fue muy diferente a la del resto, pero al menos pude alternar la ansiedad con miradas hacia uno y otro lado, pude, quiero decir, observar la reacción de quienes estaban junto a mí.

Es posible también que nuestros nervios respondieran al hecho de que conocíamos a Ignacio y de que en algún punto, sobre todo Paula, estábamos involucrados con él o con su intervención artística. En situaciones así siento cierta envidia por quienes tienen poco o nada que ver con lo que está sucediendo, personas cuya única participación está dada por su mera presencia, gente libre, que podrá dormir en paz si, digamos, el pianista falla algún acorde o si la modelo tropieza sobre la pasarela.

Mientras me perdía en esos divagues la ceremonia transcurría tal como nos lo había anticipado Ignacio: sus compañeros de trabajo, artistas como él pero en modo alguno artistas extremos, saludaban al público hablando un dialecto incomprensible y gesticulando como enfermos. No pude evitar que floreciera mi rechazo histórico a los actores de teatro, al histrionismo desmesurado que, a mi entender, suele simular una vanguardia que está lejos de ser tal cosa. Pero allí estaban los actores y aquí estaba yo. Y estaban también, como ya lo he dicho, mi tía Ana, mi primo Gonzalo, y mi prima Paula.

Hay una virtud de mi prima Paula que siempre me atrajo: me refiero a su aparente perpetua felicidad, que lejos de ser la felicidad del idiota, vacía y vulgar, es una felicidad plagada de urgencia y desesperación. Cualquiera diría que Paula no tiene freno ni contención, y quizás sea así, pero esa carencia la convierte en una persona con una ventaja en su favor más que considerable frente a una persona como yo, a quien el temor al ridículo bloquea y empuja a una misantropía indeseada y por eso mismo sufrida.

Sin embargo, observar a Paula entre tanta tensión, sabiendo ella lo que se avecinaba y por eso mismo temerosa, hizo que todo aquel espectáculo me colmara de rabia.

Los actores, mientras tanto, continuaban su rutina. Amenazaban de a ratos con solicitar la participación “activa” del público. ¿Cómo? Como suelen hacerlo los actores en estos casos: gritando en la cara de quienes ocupan los primeros lugares. Un amigo actor (aunque decir “amigo” supone un exceso) me comentó alguna vez que por medio de ese recurso los actores estudian la reacción del público, lo colocan en situaciones incómodas y analizan cada gesto. No lo sé, quizás mi conocido (lo llamaré así) exageraba, o tal vez no, pero estos actores, aquí en el Fogón, difícilmente estudiaran algo del público y aunque sí conseguían incomodarlo es también cierto que tal comportamiento carecía de honestidad. No digan que no.

Luego sucedió lo que todos allí esperábamos que sucediera: los actores se retiraron, las luces volvieron a concentrarse en el cuerpo de Ignacio y desde un rincón aparecieron dos tipos corpulentos y extrañamente disfrazados. Iban descalzos, vestían tapados de piel de color verde y un pantaloncito corto en el mismo tono. Pero lo en verdad fantasmal eran las máscaras que

les cubrían el rostro, máscaras que pretendían, según deduje, ligarse de algún modo a Reptil, el nombre de la intervención. Es decir, eran máscaras espantosas, que lo mismo podían representar la muerte que la fuerza de un yacaré.

Los tipos se situaron a uno y otro costado de Ignacio, que tenía ahora los ojos cerrados y apuntaba con el mentón hacia el cielo, y hablaron en el mismo dialecto incomprensible y tal vez inexistente que habían empleado minutos antes los actores. Después de eso, pusieron en marcha la última etapa.

Desde algún rincón para mí invisible del Fogón alguien puso música clásica, estridente y violenta, y la tensión se acrecentó en nuestras venas. Los enmascarados junto a Ignacio hundieron las manos en sus respectivos tapados de piel y extrajeron con un movimiento ágil y afectado las agujas con las cuales llevarían a cabo su faena. Pensé en las Memorias del subsuelo de Dostoievski y en las agujas de oro que Cleopatra hundía en la piel de sus esclavas, sólo por placer, sólo por aburrimiento.

La primera incisión sobre el cuerpo de Ignacio me tomó por sorpresa. El enmascarado ubicado a su derecha pareció rozar apenas su piel, pero lo cierto es que la aguja se perdió durante un segundo entre las costillas y el pellejo y salió limpia, apenas humedecida por algún líquido corporal.

Por debajo de la tetilla de Ignacio se dibujó una finísima raya roja de sangre y cuando el otro enmascarado, más feroz y sanguinario, hundió su aguja en el costado izquierdo, el chico no lo toleró más y soltó un alarido infernal.

Cada vez que repaso lo ocurrido aquella noche en el Fogón cuestiono un poco más mi pasividad. Me quedé tieso, inmóvil, mientras tres o cuatro personas salidas del público



se ponían en pie y se lanzaban sobre los enmascarados para evitar que continuaran las incisiones. De pronto el Fogón fue invadido por un griterío, y los enmascarados, al ver que se les venían encima, se apuraron a dar unas últimas puntadas en el cuerpo de Ignacio, ya muy cerca de los hombros. Ignacio parecía desmayado.

Mi tía Ana era una de las que más gritaba. Lo mataron, decía, lo mataron, y ponía en marcha toda la inclinación Robles hacia la tragedia. Eso pensé mientras me perdía una vez más en divagues sobre esto y aquello. Tan perdido que tardé en percibir la llegada de la policía, las discusiones con los artistas, los puñetazos que un tipo salido del público propinaba a uno de los enmascarados sin que nadie se atreviera ni se dispusiera a impedirlo, el semblante aterrorizado del joven público, hundido en su eterno letargo. Entre otras cosas, me preocupaba mi listado de artistas extremos y la posibilidad de quedar unido al proyecto. Pero pronto decidí que era demasiado tarde para preocuparse por eso, y que era, sobre todo, una preocupación muy miserable de mi parte.

Dicen que en medio de las corridas, alguien se robó un par de reliquias irremplazables de las muchas que conforman el conjunto de bienes nostálgicos del Fogón de los Arrieros. Pero se dicen tantas cosas que uno nunca puede saber cuánto es cierto y cuánto es mera leyenda. La música clásica se perdía en el tumulto de gritos y el Fogón de los Arrieros vivía su noche triste.

Seré breve: la obra o intervención artística denominada Reptil no llegó a buen puerto. Ignacio debió ser hospitalizado. Los enmascarados pasaron la noche en una comisaría y el resto

del grupo recibió la censura y el rechazo de todos aquellos que habían cobijado el proyecto sin tener del todo claro de qué iba. Me refiero a quienes subvencionaron la idea y a los incrédulos encargados del Fogón de los Arrieros.

La familia Robles, y sobre todo yo, mantuvimos silencio; todos sabíamos en qué consistía el proyecto, pero no imaginamos que lo que nos contaban pudiera llegar a suceder. Y si lo hubiésemos imaginado tampoco hubiésemos hecho algo. Las cosas pasan.

Sobre la piel de Ignacio no quedaron más que heridas mal diseminadas, muy poco de aquella simetría de escamas y nada de la fuerza de un yacaré. Nosotros, por supuesto, fuimos al hospital esa misma noche. Vivimos la incertidumbre típica de esos momentos. Alguien llamó al celular de Paula y preguntó si era verdad que Ignacio había muerto. La tensión se volvió insoportable. Mi tía y Gonzalo no lo resistieron y se marcharon a casa. Paula y yo nos quedamos solos. De la familia de Ignacio nadie tenía noticias y ningún miembro de su grupo de arte parecía dispuesto a venir al hospital. Sólo una vez que un médico algo risueño se compadeció de nosotros y nos informó del estado de Ignacio, de lo que según el médico no habían sido más que rasguños, tan sólo nos quedó una espera tediosa. ¿Pero espera de qué? Eso me preguntó Paula.

Yo supe entonces, a esa altura de la noche, que Ignacio había dejado de ser el novio de mi prima. Y supe también que ahí, en esa inmunda sala de espera, yo era lo único que podía interesarle a mi prima. Y por eso me animé a besarla una vez más. Y si les he contado todo lo que les he contado es porque esa noche, ya en plena madrugada, Paula y yo nos acostaríamos juntos por primera vez.

### III - DOS CUENTOS PARA EL TÍO LUIS

Cerca de un año me llevó procesar aquella jornada y todo lo que Ignacio provocó en nuestras vidas. En el transcurso de ese año, Paula y yo oficializamos sólo para nosotros una relación sin porvenir pero de la que nos costaría mucho desprendernos. Por lo demás, quise hacer de aquella experiencia y de mis escasas reflexiones en torno del arte extremo, material para un cuento y, de ser posible, para una novela. Cuando se lo comenté a mi prima, no me prestó mayor atención. Tan sólo me sugirió que hiciera a un lado de una vez todo aquel asunto.

El invierno había caído sobre Resistencia de un modo implacable e incluso inaudito, y sin embargo Paula y yo caminábamos por el centro de la ciudad como si nos envolviera una obstinada primavera. Nos escondíamos de la familia cada vez menos, nos buscábamos ya sin reparo. Yo no pensaba en otra mujer. Si antes dije que hablar de amor o enamoramiento podía sonar exagerado al hablar de Paula, me retracto. El amor no puede ser demasiado diferente a nuestras largas caminatas invernales.

Mírennos, ahí estamos. Ya cruzamos la plaza 25 de Mayo y tomamos por calle Güemes. Paula lleva puesto un gorro de lana, tiene las mejillas rosadas por el frío y la boca luminosa. Ríe y yo río con ella. Paseamos por el barrio más adolescente de Resistencia. Somos, en algún punto, niños bien de una ciudad que se desmorona. Una ciudad hermosa que ya no puede contener tanta miseria. Beso a mi prima otra vez.

No pude hacer a un lado, finalmente, la idea de hacer literatura sobre arte extremo. Escribí dos cuentos bastante malos que me enorgullecieron en un principio y que ahora, al volver a leerlos,

descubro que poco tienen que ver con arte extremo. Pero a veces todo es tan confuso. El primero de ellos es una cosa así:

*Cuenta la historia de Alejo (sí, el personaje se llama igual que yo), un muchacho de unos veinticinco años que, luego de un modesto éxito editorial en la escritura de cuentos breves, se lanza a la aventura de escribir su primera novela. Alejo vive en Resistencia y no ve que haya obstáculos concretos para lanzarse dignamente a semejante aventura, está convencido de que es un deber que tiene que cumplir. Los cuentos breves le agradan, le hacen vivir buenos momentos, pero Alejo siente que su escritura se desborda y que sólo una novela logrará contenerla. Se pasea por Resistencia con la mirada perdida, trata de socializar lo menos posible, hasta se irrita si lo buscan o lo llaman por teléfono. Sus conocidos comienzan a preocuparse, pues lo ven flaco y verde de tan paliducho, un refugiado, dicen. Alguno aventura una evidente drogadicción. Pero todo se encauza una vez que Alejo encuentra aquello que estaba buscando y dice, más o menos, muy bien, ya tengo mi novela. Aquello que Alejo buscaba no era otra cosa más que un argumento, unos cuantos personajes y un tono apropiado. Una tarde, de un tirón, escribe cinco inspiradas páginas de lo que supone, será el primer capítulo de su primera novela. Se siente tan satisfecho con esas cinco páginas que decide hacer a un lado tanto misterio y en una noche de juerga, borracho, les cuenta a sus amigos, escritores como él, la historia que está escribiendo. Sus amigos lo escuchan con atención, con toda la atención que permite una noche de juerga, y cuando termina de contarles el argumento de su novela, lanzan todos juntos una larga carcajada que Alejo no comprende. Pide explicaciones, qué les parece tan gracioso, pregunta con nerviosismo, pero sólo consigue hacer reír más a sus amigos. Después de mucho preguntar, de casi rogar alguna explicación, uno de sus amigos nota que Alejo no miente, que de verdad está desesperado. —Decime, -inquiere su amigo-, ¿vos no leíste el último libro de Julio Linares? Julio Linares es el escritor chaqueño del momento, querido y admirado por todos, incluso por*

*Alejo. Pero no, su último libro no lo ha leído. Su amigo se lo presta y apenas Alejo lee un par de páginas el mundo se le viene encima: exceptuando algún que otro detalle estilístico, lo poco que ha leído de la novela de Julio Linares y lo poco que ha escrito de su propia novela son, casi, meras reproducciones. Es decir, su obra es una mera reproducción de la obra de Julio Linares. Termina de leer la novela y lo confirma: todo lo que él había planeado durante tanto tiempo, durante tantas jornadas de ostracismo, está plasmado en la novela de Julio Linares. Alejo se deprime, se cree víctima de un complot, pero a la vez sabe que tal complot no existe; busca explicaciones en el psicoanálisis, pero nada lo convence. Para colmo, la novela de Julio Linares es un éxito. Pasa el tiempo y Alejo decide olvidar la cuestión, si es que alguien puede olvidarse de semejante cosa. Ahora se dedica a escribir crónicas de viaje para una revista de la ciudad. Por supuesto, se trata de viajes que nunca realizó y que nunca realizará, pero al menos son un aliciente y lo mantienen ocupado. Una mañana mientras desayuna, y sin que él lo provocara, tiene una revelación: la trama para otra novela. Una novela corta, redonda, sin fisuras. Antes de que el momento pase, escribe en un cuaderno la estructura ideal para su novela. Deja madurar todo en el cuaderno y en su cabeza, y una vez que cree estar listo se lanza a la aventura. Escribe a toda velocidad, como una locomotora, porque sabe que es ahora o nunca. Otra vez quienes lo conocen y lo estiman se preocupan, pues Alejo ha vuelto a su peor etapa, aquella que lo convierte en una persona irritable y oscura, con ojos de perro hambriento. Igualmente, le falta poco para estampar el punto final en su novela y decide tomarse un fin de semana pleno de relajación. Visita a algunos parientes y amigos y todos se tranquilizan al verlo de buen ánimo, pero le advierten acerca de la conveniencia de realizarse algún chequeo médico, o de retomar, al menos, el psicoanálisis. No hay problema alguno, les dice Alejo, pero no logra convencer a nadie. En casa de una tía, hurgando distraídamente la biblioteca, encuentra un libro de Julio Linares del cual no tenía noticias. Antes de abrirlo*

*le pregunta a su tía si ella lo ha leído. No, responde su tía, debe ser de alguno de tus primos. Sin decir nada, Alejo esconde el libro en un bolso y se lo lleva a su casa. Lo leeré solo, se dice, tranquilo, si es necesario bajo la cama. Cuando llega a su casa, saca el libro del bolso y lo coloca sobre la mesa del comedor. Lo mira de lejos, como si lo estudiara; el título del libro, al menos, no le dice nada, pero aun así prefiere no abrirlo. Se prepara dos sándwiches de huevo duro que come con urgencia, sin disfrutarlos. Después, y contra todo pronóstico, se va a dormir. Los días pasan y el libro sigue estático en la mesa. Alejo ya no escribe ni trabaja, casi no sale de su casa y el teléfono, que en un principio sonaba al menos cinco veces por día, ha dejado de sonar. Mejor así, piensa Alejo, que me olviden por completo. Está débil y flaco y en la heladera ya no queda ni un solo huevo, ni siquiera sándwiches puede prepararse. Desde la mesa del comedor el libro de Julio Linares parece enviarle mensajes cifrados que amenazan con enloquecerlo por completo. A punto está de rendirse, de echarse al suelo y llorar como un marrano, pero hace un último esfuerzo, un esfuerzo literario se dice a sí mismo, y se aferra al libro de Julio Linares. Lo sostiene un par de segundos hasta que al fin lo abre.*

Es cierto, no se trata de un gran cuento. Pueden decirme que su argumento es muy trillado y por lo tanto aburrido, que la copia o el plagio, si les gusta llamarlo así, es evidente, pero es todo lo que soy o fui capaz de hacer.

Para escribir el otro cuento sobre arte extremo fui más allá. Pretendí, por una vez, escribir desde una primera persona femenina. Un espanto. Les ofrezco un resumen, imitando otra vez aquella desgraciada voz femenina. Juzguen ustedes:

*Soy poetisa, pero toda mi vida he jugado a ser modelo, a caminar sobre pasarelas doradas, rodeada de flashes fotográficos y de glamour. Pero fui demasiado frívola como para llevar a buen puerto mi vocación. Me dejé llevar*

*por mis malas influencias literarias y terminé considerando al modelaje como una actividad indigna. Lo peor de todo es que, como sabrán, los malos poetas hacen malos poetas, así que imagínense lo que soy como poetisa. Como modelo, en cambio, alcancé a participar en desfiles de cierta importancia sobre pasarelas de Buenos Aires, deslumbré a quien quiso mirarme y vi el miedo en el rostro de mil chicas como yo, que se peinaban con desesperación y que se vestían con lo poco que les daban para vestirse. Yo no tenía miedo. Yo tenía dieciocho años y tenía el mundo en la palma de la mano. Pero el mundo era demasiado pequeño para mí. Comencé a salir con un hombre mayor, uno de esos tipos con mucho dinero que un día se hartan para siempre de su mujer y de sus hijos, y que una noche y sin querer conocen una modelo y terminan entregándose como una puta. En realidad, y visto desde afuera, cualquiera hubiese dicho que la puta era yo, pero con sólo prestar un poco de atención se hubiesen dado cuenta de que él era un pobre desahuciado y yo sólo una chica que estaba ahí, una chica aburrída. Nos veíamos tres veces a la semana, a veces cuatro, a veces cinco, y al principio lo pasábamos muy bien juntos. Él llegaba a mi departamento y al rato ya estábamos haciendo el amor; el pobre tenía problemas para mantener una buena erección por lo que me prodigaba unas buenas sesiones de cunnilingus hasta que de a poquito su verga, al principio flácida, tomaba forma y tamaño sorprendentes. Entonces yo quería devolverle el cunnilingus con una fellatio, pero más de una vez sucedía que estaba demasiado excitado y acababa antes de que yo tuviera tiempo de acercar mi boca. Eso lo frustraba tanto que se quedaba unos cuantos minutos así, como perdido. Desde luego, había veces en las que cogíamos de lo más bien, nada extraordinario, pero sí satisfactorio. También solíamos ir al cine o a restaurantes en los que me presentaba como a su hija, algo que en un principio me resultó de lo más divertido pero que al cabo de un tiempo fue haciéndose simplemente repulsivo. Una noche nos quedamos en mi departamento y bebimos de más, en realidad él bebió de más, y todo se fue*

a la mierda. Me dijo que yo a él no lo engañaba, que sabía que me acostaba con cualquier modelito que se cruzaba en mi camino, que yo sólo sentía lástima por él y que si no lo quería de verdad, ahí mismo se tiraba por el balcón de mi apartamento. Yo estaba recostada sobre un sofá y entendí la escena como un juego. Además, no me gusta sentir lástima por nadie, y menos aún por un borracho, por lo que no hice más que reírme. Él respondió diciéndome cínica, hija de puta, cosas así, y se me vino encima, pero con tanta mala suerte que se llevó por delante una mesita ratona y cayó como un elefante. Entonces dejé de reírme, porque entre otras cosas, desde el suelo, él lloraba y decía por qué a mí Señor, por qué a mí. Señor decía, ¿se dan cuenta?, invocaba al Señor. Después de esa noche nunca más volví a verlo. Aunque estoy segura de que nunca había llegado a quererlo, y mucho menos a necesitarlo, lloré como una desgraciada una vez que comprendí que nuestra relación había acabado. Pero me repuse muy pronto, continué con mi carrera de modelo y todo hacía suponer que llegaría muy lejos. Hasta que conocí a Walter, un joven e infeliz poeta que no hizo más que hundirme. Lo conocí una mañana en una librería de viejo. ¿Que qué hacía una modelo en una librería de viejo? Ése es el tipo de prejuicio que me llevó a dejar el modelaje. Walter leía poesía adolescente, él era, pese a sus treinta años, esencialmente adolescente. Le gustaba la poesía que hablaba del dolor, de las pérdidas y de todo tipo de sufrimiento; un verso podía llegar a resultarle magnífico por el solo hecho de incluir la palabra pena. No sé qué pudo llamarme la atención de un tipo así, para colmo desaliñado y poco propenso a la higiene. Pero lo cierto es que ahí estaba yo, escuchando como una imbécil a un tipo que hablaba sólo de la muerte y de que al final todo es muerte, y que veía con tristeza mi entusiasmo por el modelaje. No faltó mucho para que yo empezara a leer poesía, a llenarme la cabeza de poesía, cada vez dormía menos y me preocupaba menos mi carrera. Sabía que era una estupidez, pero no tuve la voluntad suficiente como para ponerle freno. Todavía no había escrito un solo



*verso, pero a medida que avanzaba en la lectura descubría encantada que muchos de los poetas que Walter admiraba eran en verdad grandes poetas. El problema era que Walter los malinterpretaba. No debe haber en el mundo cosa más grave y peligrosa que malinterpretar la poesía, es la manera más fácil de matarse o, al menos, de sufrir como un condenado. Walter sufría, entonces, como un condenado, y su sufrimiento me asfixiaba. Vivíamos en mi departamento, él no trabajaba y mi carrera como modelo se había venido a pique. Comíamos mal y eso hizo que yo me afofara, y que mi figura no fuera lo esbelta que debe ser la figura de una modelo. Pero todo empeoró una tarde: hice a un lado el libro que leía, tomé papel y birome y escribí un poema. Un largo, extenso poema. Era un poema más bien autobiográfico porque contaba todo lo que me había ocurrido desde mi llegada a Buenos Aires. Hablaba de las pasarelas, de las sesiones de fotos, de los amantes que tuve y de los que hubiese querido tener, hacía mención a un par de modelos lesbianas, dos chicas que ni siquiera hoy, con el paso del tiempo, me puedo quitar de la cabeza, hablaba también del ambiente perfumado de los cines y de algunos buenos hoteles de Buenos Aires, y del olor a mierda de algunas calles, hablaba de poesía y de tipos de poesía, y hablaba de poetas, de buenos y malos poetas, y de lo peligroso que puede ser malinterpretar la poesía. Walter leyó el poema y en un principio no dijo nada, pero al día siguiente comenzó a preguntarme por esto y por aquello, que quién es éste, que quién es aquel otro y qué hoteles conocía. Entonces le dije que las modelos conocíamos muchísimos hoteles, entre otras cosas porque hay hoteles que organizan desfiles, los hoteles más fastuosos, pero en realidad lo que le molestaba a Walter era que en mi poema (y esto no lo malinterpretó) yo me burlaba abiertamente de él. Lejos de inhibirme comencé a trabajar en otro poema. Walter no lo soportó y decidió dejar de hablarme, lo que resultó en una situación tan incómoda como irrisoria porque mi apartamento no era lo suficientemente grande como para que dos personas pudieran vivir en él sin dirigirse la palabra. Mi segundo poema no*

*me gustó tanto como el primero pero enfureció muchísimo más a Walter. Esta vez no había ningún tipo de burla hacia su persona, no hice más que relatar un viaje que había hecho junto a mi padre muchos años atrás. Pero Walter no lo entendió así y comenzó a llorar, a llorar como un enfermo. Supuse entonces que había descubierto que yo era mejor poeta que él. Me acerqué para consolarlo porque, tal vez, mi actitud había sido hasta ese momento demasiado fría, demasiado hostil. Estaba en el piso, apoyado contra la pared y con la cabeza hundida entre las rodillas, y lloraba y balbuceaba cosas que nunca logré entender. A veces, pensé, cuando no estamos enamorados, podemos llegar a ser demasiado crueles. Me incliné para abrazarlo y para decirle que basta, que no tenía que darle tanta importancia a ciertas cosas, que necesitaba relajarse un poco. Pero entonces, el muy animal, desde el piso me soltó un puñetazo que me dejó inconsciente. Pasé un día entero tirada en el piso. Cuando desperté sentía como si una locomotora me hubiese trepanado el cerebro, si es que tal cosa puede suceder. Walter no estaba en el apartamento, se había ido, pero antes se había ocupado de robarme hasta los muebles. Ni siquiera dejó mi par de poemas. Me revisé la cara en el espejo del baño y me vi desfigurada; deduje que Walter, después del primer puñetazo, había seguido con otro y con otro, y tal vez con alguna patada porque me descubrí en el cuerpo una buena cantidad de moretones. El dolor que sentía no me permitía ni siquiera llorar. Me senté en el piso, en el mismo lugar donde Walter se había tendido a llorar, y di cuenta de mi situación: no tenía dinero, no tenía trabajo, estaba hecha un asco y estaba sola. No tuve más remedio que telefonear a mis padres. Ellos se ocuparon de todo y en pocos meses estuve otra vez aquí, instalada en Resistencia. Por supuesto, de Walter no he sabido nada.*

Si detuve mi relato para ofrecerles la lectura de ambos cuentos no fue por mero capricho. Presenté uno y otro a sendos certámenes literarios y en uno de ellos, un certamen provincial organizado por el sindicato de periodistas, fui beneficiado con el

primer premio. Ya lo comenté en otro segmento de mi relato. La noticia, como imaginarán, me puso de lo más contento pues entre otras cosas, ese primer premio suponía buen dinero.

Iba a comentárselo a Paula, iba a contarle, incluso, que en el origen de los cuentos estaba ella. Pero antes de que se pudiera decir, antes de que se aplacaran mi entusiasmo y mi alegría un tanto infantiles, fue que Paula dijo estoy embarazada y que el mundo se me vino encima como una roca sobre el estómago.

Apenas unas horas después nos sentábamos a la mesa de la familia Robles.

Pasadas unas cuantas semanas, un problema quizás vulgar pero también muy concreto lo constituyó el padre de Paula. Separado de la tía Ana desde hacía más de diez años, el tío Luis no era un tipo confiable. A la familia Robles le había llevado, sin embargo, demasiado tiempo hacerlo a un lado. Es decir, a la tía Ana le había costado una barbaridad hacer que el tipo se esfumara, tanto, que a decir verdad nunca acabaría de esfumarse. La tía estaba profundamente enamorada y era capaz de soportarle todo, desde el engaño más ramplón hasta una eventual golpiza.

Ahora su presencia era más bien fantasmal, llegaba a partir de otras voces, de las voces de sus hijos, mis primas y primos, que pasaban mucho tiempo en casa de los abuelos Robles y que nos hacían llegar el eco del tío Luis. El ventajismo, la xenofobia, y cierto autoritarismo solían surgir de boca de mis primos Benjamín y Gonzalo y entonces mi abuela decía horrorizada que ahí estaba el gen Luis.

Mis primas en cambio, podían aceptar naturalmente la sumisión femenina a los caprichos masculinos y eso servía para que mi tía

Ana sufriera pensando que sus hijas no buscaban otra cosa que la sumisión al padre. Mucha psicología.

Durante los años que pasó cerca de la familia Robles, el tío Luis y yo nunca nos entendimos. Si bien yo era poco menos que un niño, había entre ambos un rechazo manifiesto, la necesidad de mantenernos alejados uno del otro. No quiero ser arrogante y mucho menos pretencioso, pero el tío Luis era para mí un ser insoportablemente elemental. De la misma manera, no me costó trabajo percatarme de que él veía en mí algo cercano a un freak, y alguna vez, incluso, lo escuché diciéndole a mi tía Ana que yo debía de ser homosexual, porque no se podía, a mi edad (yo tenía entonces quince años), pasar tanto tiempo enredado en conversaciones de mujeres y escribiendo poemitas por las noches, todo lo cual no hizo más que confirmar mis propias presunciones sobre el marido de mi tía.

El embarazo de Paula sería un duro golpe para el tío Luis, y la propia Paula me lo confirmaría. —Papá te va a matar, -me aseguró- llegado el momento, y si yo sentía que con el embarazo mi vida se había convertido en una especie de tormento, esta nueva realidad me trasladaba al infierno mismo.

Luis era un hombre robusto, de mirada nerviosa y desafiante; tenía los ojos colorados como perro rabioso y había sido en su juventud un buen jugador de rugby.

Empezó por buscarme, como era previsible, en casa de los abuelos Robles. Si bien la abuela Marta compartía la opinión de que Paula y yo habíamos incurrido en una cierta perversidad, y de que al menos yo era merecedor de una buena paliza, se plantó delante del tío Luis, que había irrumpido en la casa al grito de: dónde está escondido ese hijo de puta maricón de mierda

enfermo mental, y le dijo con firmeza y acaso con algo de odio, que él, que Luis, no tenía nada que hacer en esa casa y que si tenía algún problema conmigo, con su nieto Alejo, que lo solucionara efectivamente conmigo, y que dejara en paz a los ancianos, que durante años, décadas, soportaron la prepotencia de los maricones corpulentos como él, como el tío Luis.

Dicen quienes estaban allí, mi hermana y mi primo Gonzalo, que el tío Luis tomó envión como si estuviese a punto de lanzar un uppercut de izquierda contra la abuela Marta, pero que un milagro, una providencia, algo inexplicable lo frenó y todos allí soltaron un poco del aire contenido, pero sólo un poco, porque la tensión no terminaba y porque en un rincón, petrificado por el espanto, el abuelo Tito sollozaba como un niño, entre la impotencia y el más genuino deseo de matar.

El tío Luis abandonó la casa echando maldiciones y amenazas, y anunciando, por si yo estaba escondido en alguna habitación, que no sólo me mataría sino que además, y tal como según él yo lo venía pidiendo desde hacía muchos años, me empalaría como a un indio del siglo XIX.

Me sorprendió la expresión “indios del siglo XIX” en boca del tío Luis, en todo caso podría haberse referido a indígenas de cualquier época. Tampoco especificó de dónde eran aquellos indios cuya suerte yo correría, pero lo cierto es que todo aquello me tenía sin cuidado. O no tanto.

En última instancia, y ya que hablamos de indios, las palabras de Luis me llevaron a recordar al cacique Cambá, uno de los últimos grandes caciques tobas del Chaco, que supo combatir hasta la muerte a las tropas enviadas por el general Roca en las últimas décadas del siglo XIX para extender la conquista territorial que

se había iniciado en la Patagonia. Cambá era uno de los caciques más temidos por aquel ejército argentino, y Guido Miranda, gran escritor e historiador santafecino, cuenta en sus Tres ciclos chaqueños la saña y el terror con que los soldados del general Roca lo asesinaron. Apelo a mi memoria y releo así a Guido Miranda:

El cacique Cambá y sus hombres, unos doscientos quizás, tienen cercado a un grupo de treinta soldados del ejército encabezados por el coronel Fotheringham. Los soldados no son más que hombres sucios y harapientos, muertos de hambre a quienes Dios ha castigado por algún mal que ni siquiera ellos recuerdan haber cometido, enviándolos al territorio más inmundo e impenetrable del planeta. Indios, calor, alimañas. Un infierno. El asunto es que ahora Cambá los tiene cercados y está a punto de avanzar sobre ellos. De hecho, ya se escuchan los alaridos del cacique y algunos soldados se limitan a darse por muertos. Cambá se les aparece, tal como cuenta Guido Miranda, “desnudo, negro, alto y feroz”. Dice el historiador que si una bala no hubiese atravesado a tiempo a Cambá, los indios hubiesen aplastado “las armas automáticas” y con ellas a los soldados. El cacique, finalmente, ha luchado con la fiereza que difundía su fama, ha matado soldados como si se tratase de moscas, pero el disparo de un fusil ha dado en su pantorrilla derecha y lo ha clavado de rodillas sobre la tierra seca y dura. Un soldado, puñal en mano, se ha lanzado sobre él y ha hundido el filo entre las costillas del indio, que se sacude enardecido pero que ya no podrá hacer nada ante las puñaladas que se repiten locamente. Los demás indios, cuando han visto caer de esa manera a su cacique, no han atinado a nada. Algunos han escapado, pero la mayoría ha permanecido

inmóvil, incapaz de hacer algo ante el contraataque de los fusiles que los soldados han activado contra ellos. La muerte de Cambá representó en su momento un golpe de gracia para las comunidades aborígenes, sobre todo para sus guerreros. Su muerte representó la muerte de algo trascendente, místico pero a la vez concreto. Cambá fue decapitado y su cabeza clavada sobre una lanza que el ejército argentino paseó como trofeo de guerra, como símbolo de la conquista del territorio chaqueño. Pero si algo recordaban los soldados que emprendieron aquella epopeya, era la cara desencajada de su compañero mientras clavaba puñalada tras puñalada sobre el cuerpo ya muerto de Cambá. Una cara en la que resplandecían el odio, el terror y la locura. Cuando supe que Luis había hablado de indios del siglo XIX, recordé también la expresión enloquecida de aquel soldado. Y aunque yo nunca podré ser Cambá, y aunque probablemente tampoco me interese serlo, algo corría el riesgo de morir dentro de mí.

Quisiera ser claro: el empeño del tío Luis y mi falta de iniciativa para enfrentarlo, me llevaron, entre otras cosas, a perder el trabajo. Durante una semana, Luis se instaló junto a la puerta de entrada del diario donde yo trabajaba y no tuve posibilidad de eludirlo. Esa semana bastó para que desde la dirección del diario me anunciaran que mis servicios estaban de sobra en aquel equipo de mediocres redactores y cronistas.

Tampoco era fácil ver a Paula. Tenía que estar siempre atento porque al menor descuido el tío Luis me sorprendería. Y la familia no parecía dispuesta a prestar ayuda ni refugio. Fueron semanas para el olvido, sin dinero, sin gracia, durmiendo en casa de conocidos a quienes hubiese evitado en cualquier otra

situación. Aunque suene cursi, sabía que me estaba perdiendo las náuseas y vómitos de mi prima, el jugo gástrico y metálico invadiendo su boca, su probable depresión. Y entonces lloraba. Yo lloraba. Pero no quiero abrumarlos con sensiblerías.

Fue entonces cuando recibí la llamada anunciándome la entrega de premios del certamen literario que había ganado. De inmediato pensé en lo bien que me vendría aquel dinero y en lo difícil que sería cobrarlo. El tío Luis no se perdería por nada del mundo aquella entrega de premios.

Escucho el rumor de automóviles estancados en una bocacalle. Estoy acodado sobre la barra de un bar y tomo café con leche. A pocas cuadras de aquí, en una de las esquinas más céntricas de Resistencia, un hombre de apellido Bagur mató a su mujer, Alicia Bentolila, arrojándola desde un balcón. Bagur era zapatero, propietario de “Casa Bagur”, legendaria y pionera zapatería resistenciana. Aquello, me refiero a aquel asesinato, sucedió a principios de los años 40 del siglo pasado y la historia fue transmitiéndose generación tras generación entre las familias bien de Resistencia. Mejor dicho, entre las familias que ostentan una cierta “historia” en la ciudad, lo que por supuesto, no siempre es sinónimo de familia bien.

Mis abuelos me contaron la historia de Bagur, pero a decir verdad no lo hicieron con pasión, no mostraron empeño, y la leyenda se escurrió de mi memoria hasta que un amigo la reflotó hace pocos años. Efectivamente, Bagur arrojó a su mujer por el balcón. Había pensado antes en envenenarla, en apuñalarla, incluso en atravesarle el pecho de un balazo con el viejo Winchester que había heredado de su padre, fundador de Casa Bagur y antiguo



policía de frontera, tal como el padre de la abuela Marta. Todas aquellas muertes, por otra parte, podían camuflarse de una u otra manera. Pero arrojarla por el balcón, un balcón ubicado en la esquina más transitada de Resistencia, que aunque recién comenzaba a definir sus contornos de ciudad, tenía sí, al menos en esa calle y en esa esquina, un destacable movimiento comercial en el que no faltaban las correrías ilegales de mafiosos de poca monta y de prostitutas mal disimuladas, arrojarla por el balcón, decía, era el acto de un hombre desesperado. El chiste que circulaba por Resistencia, me contó mi amigo, era el siguiente: “Las cosas marchan, dijo Bagur, y la tiró a la mujer por el balcón”. Es que, efectivamente, cuando la policía interrogó a Bagur acerca de la caída de su mujer, el zapatero se limitó a responder “las cosas marchan”. El chiste fue muy popular en la Resistencia de aquellos años.

Cada vez que paso bajo ese viejo balcón pienso en Bagur. No sé si se trata de una historia más cómica que trágica, en todo caso me distrae y me hace olvidar que dentro de poco seré padre y que mi vida será todavía mucho más complicada.

El día de la entrega de premios correspondientes al concurso literario estoy ansioso como una jovencita a la espera de su primera cita. La comparación es desafortunada y anacrónica, lo sé. Pero es así como me siento.

No he comido nada en todo el día y tampoco he hablado demasiado. Sólo con Paula y con una mujer, representante del sindicato de periodistas organizador del concurso, que ha llamado para confirmar mi presencia en la entrega de premios. Con la voz de un tipo entrenado en este tipo de eventos he dicho que

por supuesto, que allí estaré. Muy bien, ha dicho ella a su vez, porque tenemos preparada una sorpresa. Después la mujer ha cortado la comunicación y me ha dejado un desagradable escalofrío recorriéndome la espalda.

Paula, en cambio, ha llamado para advertirme que su padre tiene pensado asistir a la ceremonia. Tené cuidado, ha dicho, te quiero, ha agregado antes de cortar, y ha hecho que mi corazón palpitase como un caballo desbocado. He esperado la llamada de algún otro pariente, pero nadie más ha llamado.

La entrega de premios se lleva a cabo en el salón de actos del sindicato. He salido con el tiempo necesario como para estar atento a quienes asisten y a quienes dejan de asistir. En realidad, sólo quiero esconderme del tío Luis, pero a la vez sé que será complicado, que la vanidad es difícil de contrarrestar, y más aún para un corazón tan necesitado de reconocimiento como el mío.

He buscado entonces un lugar estratégico del salón, desde donde no podré ser visto por nadie, y me he jurado que sólo me dejaré ver si las condiciones lo permiten, es decir, si no se presenta el tío Luis. Me he ubicado, para que tengan una somera idea, detrás de una columna, y a medida que ha comenzado a ingresar gente interesada en la ceremonia, probablemente parientes y amigos de quienes han sido beneficiados con el segundo, el tercer premio, o con alguna de las tantas menciones que se entregarán, pues no conozco a ninguna de las personas que ha ingresado, he clavado la vista en el piso y me he vuelto invisible. Nadie me ha visto y nadie me verá hasta tanto lo considere oportuno.

Pasados algunos minutos, el salón sindical rebasa de gente, y muchos han debido permanecer de pie. Desde una puerta lateral

que recién ahora he registrado, ingresa al salón el escritor Rodrigo Luna, mi padre. Todos, hombres y mujeres que departían alegre y distraídamente sobre esto o aquello, se han dado vuelta y han hecho a un lado sus respectivas conversaciones para saludar o al menos reverenciar al escritor. Él ha sabido eludir con elegancia y en algún punto con desprecio los saludos demasiado personales, y se ha instalado finalmente en una segunda fila al parecer muy cómoda y pertinente. Una mujer bonita y joven se ha acercado a él y le ha dicho algo en el oído. Mi padre ha sonreído y le ha mostrado unas hojas que lleva prolijamente encuadradas. En ese momento he descubierto la sorpresa que los organizadores del concurso han preparado para mí: Rodrigo Luna será el encargado de entregarme el premio.

He estado a punto de ir a sentarme junto a mi padre para pedirle que olvide todo aquel circo, para decirle que ya se me han agotado las ínfulas literarias y que sólo me interesa estar tranquilo, tranquilo como un viejo al que ya no le ocurrirá nada que altere su vida, como un viejo que nunca tuvo ni tendrá hijos con su prima.

He dado un primer paso para salir de mi invisibilidad y dirigirme hacia mi padre, pero en ese preciso instante he visto al tío Luis recostado sobre la pared en un rincón del salón, donde parece estar desde hace horas sin que yo me hubiera percatado. He vuelto entonces sobre mis pasos, sobre mi paso y, he vuelto a ser invisible. Nadie me verá recibir el premio, he pensado, y luego, cuando la sala ha desbordado de gente y bullicio, la misma mujer que había hablado con mi padre minutos atrás, ha puesto en marcha la ceremonia. Ha mencionado los motivos que impulsaron al sindicato a organizar este certamen (“la percepción de

que hay un innegable crecimiento literario en la provincia”, ha dicho); ha destacado los resultados arrojados por el concurso, el número de participantes, las ciudades desde donde se han recibido trabajos, y la difícil tarea de los miembros del jurado (“nada envidiable, habida cuenta de la alta calidad de los textos”, ha argumentado); y luego ha empezado a llamar a quienes fuimos beneficiados con alguna distinción.

Han pasado ya los merecedores de las menciones dispuestas por el jurado. Son escritores jóvenes, incluso más jóvenes que yo, con cierto aspecto desaliñado que me lleva a dudar de la calidad literaria de cada uno, aunque al cabo he debido hacer a un lado mi prejuicio, pues la apariencia de estos jóvenes no deja de emparentarse con mi propia apariencia, la apariencia de un tipo acabado demasiado pronto, pues así es como me he visto ahora, como un tipo acabado, porque la voz de la mujer que dirige la entrega de premios ha hecho pasar al pequeño escenario a los ganadores del segundo y tercer premio, mientras que el tío Luis no se ha movido del lugar que ocupa desde que lo divisé, hace ya para mí una eternidad, y mi padre, el escritor Rodrigo Luna, se ha incorporado y ha sonreído como un niño porque la mujer ha dicho que el primer premio viene acompañado de una sorpresa, y esa sorpresa, todo el mundo lo ha sabido y lo ha celebrado y yo hubiera preferido estar muerto, es la lectura de la obra ganadora por parte del padre del escritor ganador, el reconocido y querido Rodrigo Luna, padre de Alejo; y la mujer y el público asistente, incluso el tío Luis, me han buscado con la mirada, han torcido el cogote de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y yo he hecho lo mismo como si me buscara a mí mismo, pero he sabido que nunca he de encontrarme, nunca habrán de encontrarme, porque yo me he vuelto

invisible y porque aun sin el tío Luis de por medio continuaría invisible, en primer lugar porque Rodrigo Luna, que ha mantenido su amplia sonrisa idiota y me ha buscado también como un idiota, no leerá la obra ganadora, sino que arremeterá con la lectura a voz en cuello de uno o de varios de los versos que su hijo ha escrito en las largas noches de su adolescencia, y en segundo lugar porque dentro de poco, yo mismo seré padre, y como ya lo he dicho, la cobardía me ha convertido en un hombre muerto.

Cuando ha pasado un minuto y yo no he aparecido, mi padre ha dicho qué más da y se ha parado frente al micrófono. El público no se ha decepcionado por mi ausencia y ha seguido los movimientos de Rodrigo Luna, que ha dicho mientras abría su carpeta, que tenía pensado leer algunos poemas que divertirían al auditorio pero que dadas las circunstancias, dada mi ausencia, se limitaría a leer la obra ganadora, que está muy buena y que lo ha convertido en un padre orgulloso. Sólo entonces, y por el tiempo que duró aquella lectura, algunos fragmentos de mi obra me han parecido buenos, y sólo entonces he sentido que mi relación con Rodrigo Luna podría encauzarse. Pero sólo entonces.

El tío Luis ha permanecido en su lugar.

#### **IV - FAMILIA UNIDA**

El Savoy fue un legendario hotel resistenciano ubicado en la intersección de las calles Tucumán, hoy Juan Domingo Perón, y Necochea, a tan sólo una cuadra de la esquina desde donde el zapatero Bagur arrojara a su mujer por el balcón. Cuenta Guido Miranda que una vez Roberto Arlt se alojó en ese hotel.

Arlt había sido enviado a Resistencia por el diario El Mundo para dar inicio desde aquí a una serie de “aguafuertes del interior”, y, entre otras cosas, el escritor se había sorprendido por los contrastes que ofrecía Resistencia. Escribió Arlt: “Me alojaron en un hotel moderno como en pleno Buenos Aires, pero al rayar el alba no fui despertado por los ruidos del tránsito callejero, sino por el canto de los gallos. No se asombre el lector si mañana le dicen que en el Chaco se ha construido un rascacielos al lado de una chacra de algodón”.

Si bien es cierto que tal descripción es aplicable a toda ciudad en ciernes, que Roberto Arlt se la haya dedicado a Resistencia, ubicando en ella, como buen porteño, a todo el Chaco, no deja de conmoverme. En el año 1956, allí donde estaba el hotel Savoy se inauguraba el Hospital para la Madre y el Niño, un moderno y ejemplar centro de atención que muchos, sobre todo viejos pediatras que se iniciaron allí, recuerdan hoy con nostalgia y no sin cierto decaimiento.

No hace mucho pasé por esa esquina junto a mi prima Paula, en uno de nuestros largos y ya típicos paseos amorosos por la ciudad, devenidos en momentos de análisis y reflexión en búsqueda de una manera digna de arreglar nuestras vidas, ahora que estábamos a la espera de un hijo y que ninguno de los dos tenía trabajo. A decir verdad no es mucho lo que hablamos. Sentía una culpa inmensa por la situación de Paula, por mi propia situación. Sentía que ella no merecía lo que nos estaba pasando. El día que pasamos por la esquina del hotel Savoy, del Hospital para la Madre y el Niño, a falta de algo mejor que decir le dije a Paula que hubiese sido bueno que en esa esquina funcionara aún aquel hospital y que nuestro hijo o nuestra hija, o lo que

fuera que íbamos a tener, naciera en la misma habitación que en la década de 1920 ocupara Roberto Arlt. Paula no me escuchó o no quiso escucharme. Tal vez haya sido mejor así, mi referencia además de pedante estaba fuera de lugar. Así estábamos también Paula y yo.

Como comenté al inicio de mi relato, en aquellos días el abuelo Tito estaba a punto de cumplir ochenta años y mi tía Marta, junto a sus hijos y su marido, se aprestaba a venir a Resistencia después de años de ausencia. En el fondo, y como también mencioné en su momento, el motivo principal de su venida era el embarazo de Paula y la sensación de que la familia Robles se venía a pique. Esa idea suya no era más que otra manifestación del sentido trágico familiar.

La tía Marta había asimilado la formación impartida por mis abuelos con la misma ambigua resistencia con que se habían entregado mi madre y la tía Ana. Pero los años en Mendoza y la compañía de un marido, el tío Lino, que promovía con fanatismo sus convicciones morales, habían hecho de la tía Marta una persona excesivamente oprimida y preocupada por, entre otras cosas, la buena constitución familiar, un tema que en Resistencia, como bien creo haberlo evidenciado, manejábamos con una irresolución enfermiza. De una u otra manera, mi abuela Marta, mi madre y mi tía Ana, se mostraban confundidas con respecto al modo más conveniente de presentar ante los mendocinos el descuido con que Paula y yo nos habíamos manejado.

No importa. En todo caso, y aunque con ciertas reservas, quiero decir, con cierta incomodidad y no sin esfuerzo al momento de tratar conmigo, el anuncio de la pronta llegada de los mendocinos hizo que la casa de la familia Robles se abriera nuevamente

para mí. Y aunque era natural y entendible, la situación se tornaba a veces ridícula: nadie quería permanecer a solas conmigo, y si eso llegaba a ocurrir no dudaban en empezar a hablar de asuntos inverosímiles, que no importaban a nadie, de cuestiones tales como el clima. Aun así me quedaba en la casa, pues sólo mi persistencia y mi presencia harían que todo se normalizara, si es que hay algo que hubiese podido normalizarse en esa casa.

Con Paula sucedía diferente y gracias a su comportamiento (siempre risueño, siempre tierno) el resto de la familia acabaría en pocos días, y a medida que el cumpleaños del abuelo se acercaba, por ablandarse y por aceptar hasta lo posible el embarazo de mi prima y nuestro noviazgo, en un vaivén constante entre la indignación y la ironía. Quiero decir que gracias a Paula, la situación llegaría a naturalizarse y a volverse soportable.

En ese trajín nos encontrábamos el día que llegaron los parientes mendocinos. Como enumeré en su momento: la tía Marta, el tío Lino, y los primos Manuel, Pedro, Mara y Nicolás, primos de nuestra edad, de la edad de los que rondábamos entre los veinte y los veinticinco años.

Cuando llegaron, y me refiero al momento exacto en que abrieron la puerta de casa de la familia Robles, lo primero que vieron los mendocinos fue, para su disgusto, su morbo, o incluso para su placer, el beso que Paula y yo nos dábamos en señal de triunfo, una vez que consideramos que habíamos dado un paso gigantesco en la reinsertión familiar. Habíamos logrado además, confundir al tío Luis, valiéndonos para ello de la complicidad del resto de la familia, incluida la tía Ana, que convenció al tipo de que me dejara en paz al menos durante el tiempo que nos llevara celebrar al abuelo Tito y la prodigiosa vida que el abuelo venía



llevando. Por todo eso, me animé a creer que podía recuperar la calma, un instante de solaz, pero la entrada de la tía Marta y de su prole fue un llamado de regreso a la realidad.

Con esa tonada que mezcla lo campechano y la más pura prepotencia, una tonada muy mendocina, la tía Marta dijo algo así como “vaya, qué recibimiento”, y así abrió el camino a la concreción de la ansiada y definitiva reunión familiar.

Resistencia, una tarde. Caminamos en grupo. Somos ocho, entre primos y hermanos: Laura, Celia, Paula, Mara, Manuel, Pedro, Nicolás y yo, todos mayores de veinte años, una edad difícil, conflictiva y poco recomendable. Todas las edades son así, pero la veintena es lo que nos toca en suerte en este momento, y todos sufrimos la veintena. Aun así parecemos felices, hacía mucho tiempo que no estábamos juntos, los mendocinos y nosotros. Les mostramos entonces la ciudad, les contamos historias nuevas y viejas, algunas inverosímiles. Les cuento de los inmigrantes friulanos que desembarcaron aquel 2 de febrero de 1878, les cuento del padre de la abuela Marta, nuestra abuela Marta, y les pregunto qué opinan ellos, qué suponen que pasó con Juan Celestino Sarmiento Mercier, más allá de su muerte claro, pero todos se limitan a bromear al respecto y no consigo hacerlos partícipes de mi grandísima duda. Cuando atravesamos la plaza Belgrano les cuento que allí me torcí una vez el tobillo al saltar desde el techo de la casilla del cuidador de la plaza, el placero, hacía un cantero; y les cuento que también en esa plaza besé y manoseé a una novia de la escuela primaria, y que por esas cuestiones absurdas del azar (aunque en verdad estaba todo dado para que nos descubriera), su madre nos descubrió

y se la llevó de los pelos mientras yo me escabullía y observaba la escena escondido tras un arbusto; y esa misma noche, en esa misma plaza, vi también a una mujer orinando en cuclillas sobre uno de los canteros, una imagen que se grabó en mi memoria porque, entre otras cosas, hizo que me olvidara de todo cuanto me aquejaba. Una mujer orinando en cuclillas sobre el césped, camuflada entre yuyos. Amo esa imagen.

Después seguimos camino y cuando el momento y el paisaje lo ameritan, les cuento de la Brigada de Investigaciones y de las torturas en pleno centro de Resistencia, durante la dictadura. Pero no quiero detenerme demasiado en esa imagen, ya tendremos tiempo de volver sobre ella, por lo que retrocedo hasta el Fogón de los Arrieros, centro cultural por excelencia en el que usaban un libro de Evita para limpiarse el culo, aquel lugar donde Ignacio dejó parte de la piel para ser consecuente con su idea de arte extremo antes de lanzarse hacia un abismo del que no ha salido ni saldrá. Y más tarde vuelvo sobre mis pasos y les cuento de Bagur, el zapatero apesadumbrado, y de Roberto Arlt alojado en el Hotel Savoy, y los primos reímos y disfrutamos de la tarde hasta que yo abrazo a Paula y pongo una mano sobre el vientre hermoso de mi prima y les cuento a todos de las ganas de que mi hijo, nuestro hijo, nazca en el Hospital para la Madre y el Niño, en la misma habitación que ocupara Roberto Arlt en la década del Veinte.

Con ese último comentario la ciudad entera parece sumirse de pronto en el más profundo silencio. Es una ciudad desierta, aunque sé que aquí nomás, en los márgenes y no tanto, todo se derrumba, y me dejo atravesar, mientras abrazo a mi prima Paula, por mi amplio y propio sentido trágico. Nadie habla ahora. Se limitan a mirar mi mano durmiendo en la panza de Paula.

Desde algún recóndito punto en mi memoria, encuentro otra historia y empiezo a contarla, sin quitar la mano del vientre de mi prima. Les cuento ahora a mis primos la historia de Daniel. Una historia prolija, que puede entenderse como un cuento. Supongamos que les haya contado algo así: *La primera vez que saludé a Daniel fue durante uno de los tantos cortes de tránsito que se hicieran sobre el puente General Belgrano a lo largo del año 2001. Yo cruzaba el puente a pie, desde Corrientes hacia Resistencia, y él lo hacía en sentido inverso. O tal vez no. Tal vez Daniel estaba allí participando del corte. Daniel era profesor de Lengua y Literatura (le faltaba rendir un par de materias para recibirse pero había conseguido una suplencia) y en aquella época no era raro que todos quisiéramos participar de ese tipo de manifestaciones, y sobre todo si uno es o era docente. Como Daniel. El asunto es que fue aquella la primera vez que lo saludé (un saludo tímido y en algún punto poco cordial, el tipo de saludo que ofrecemos cuando no estamos seguros de conocer a quien saludamos), y no diré que poco tiempo después terminaríamos siendo amigos, pero sí llegamos a ser buenos conocidos. En aquel entonces, además de estudiar Comunicación, me había hecho cargo de atender junto a un par de amigos, un bar de mala muerte, que si bien no servía para darnos de comer servía sí para pasar buenos ratos. Mi padre, Rodrigo, ése que ustedes alegremente llaman tío, se aprestaba a echar por tierra su tercer matrimonio y solía acompañarnos regándose con whisky. ¿Cómo fue Daniel a parar allí? Supongo que por responsabilidad de mi padre, que como escritor solía rodearse de aspirantes y aprendices que veían en él una buena influencia, aunque está claro, Rodrigo Luna no puede ser buena influencia para nadie. La primera noche que Daniel vino al bar no pasó gran cosa. Llegó contento, la Facultad de Humanidades había editado por esos días una antología de jóvenes poetas y habían incluido allí un par de poemas de su autoría. Eran poemas de amor y mi padre se encargó de leerlos en voz alta, bajo el manto de una solemnidad que dejaba*

traslucir un cierto cinismo. Típico de él. Daniel llevaba cinco años de casado y tenía una hija de no más de tres años. Para contar con algo más de dinero había conseguido trabajo como remisero. La suya parecía una vida ordenada. Pero el destino es perverso. Una noche como cualquier otra, Daniel pasó por el bar a bordo del remís y con la sola intención de saludar desde la ventanilla. El entusiasmo con que lo saludamos hizo que pegara la vuelta y que en pocos minutos estuviese compartiendo la mesa con nosotros. Por supuesto, acabamos bebiendo con furor y sin el más mínimo decoro. Si bien Daniel no era lo que suele llamarse un habitué, había empezado a concurrir al bar con cierta asiduidad. Aquella noche iba de mesa en mesa y alguien comentó en medio de la embriaguez general que la suya, la de Daniel, era una borrachera algo agresiva y preocupante. Entre idas y vueltas, le perdimos el rastro en la madrugada. Mi padre se encargaría de aclarar el desenlace de aquella noche en la vida de Daniel: despertó cerca de las diez de la mañana. Estaba en medio de una vereda, en un barrio cercano al club de Regatas, un barrio que poco tenía que ver con él. Le habían dado una buena golpiza y le habían robado el dinero que llevaba encima, aunque también es posible que él mismo lo hubiese gastado. Sin embargo, lo peor de todo era el dolor en las encías y el descubrimiento de que los golpes recibidos le habían hecho perder cuatro dientes. El aire frío de la mañana se colaba por el vacío de su boca. Dicen que a partir de entonces la vida de Daniel, la vida que Daniel había conocido hasta ese entonces, se vino irremediablemente a pique. Comenzó a beber más de lo aconsejable, incluso se volvió agresivo con su mujer y con su hija, lo que hacía que se hundiera en una oscura depresión toda vez que lo percibía. Sufrió dos asaltos a bordo del remís que despertaron en él un odio que desconocía. Hablaba apasionadamente de la inseguridad y ya no escribía poemas de amor. Hizo a un lado el estudio de las materias que le faltaban para concluir su profesorado y ya no pudo mantener las horas que había conseguido como profesor suplente. Su borrachera era demasiado regular y

*en poco menos de un mes protagonizó seis accidentes manejando el remis. En uno de ellos atropelló a una chica que paseaba en moto por una avenida cercana a la Facultad. Mientras la chica se retorció de dolor en el pavimento, Daniel le gritaba “puta, sos una puta de mierda”. Por ese accidente estuvo preso todo un día, y cuando al fin salió y pudo volver a su casa, su mujer lo estaba abandonando. En realidad, el abandono había comenzado hacía ya un par de meses, pero Daniel se percataba recién ahora, después de haber pasado un día encerrado en una seccional ignota de Resistencia. Quiso golpear a su mujer pero se contuvo a tiempo, más por cansancio que por cualquier otra cosa. Mi padre comentó que Daniel fue a buscarlo muchas veces para pedirle algo de dinero. Estaba siempre borracho y le repetía que él, Rodrigo Luna, era el único amigo que le quedaba. Una de aquellas veces mi padre le preparó café con leche y le comió bizcochos que Daniel comió empapando en el café, para facilitar la masticación a sus pocos y frágiles dientes. Había adquirido un nuevo tic: hundía los labios hacia adentro de la boca, como si fuese un anciano, creyendo tal vez que disimulaba así la dentadura incompleta, aunque lo cierto es que no hacía más que acentuarla. Mi padre pensó ese día que le resultaría difícil quitárselo de encima. La última vez que lo vi, Daniel parecía un linyera.*

Concluyo la historia y permanezco en silencio. Espero que mis primos digan algo al respecto, que opinen acerca de Daniel. Al menos mi hermana. Pero lo que dicen mis primos, mejor dicho, mi primo Pedro, el más callado y enigmático de mis primos mendocinos, es que más que contar cuentitos yo debería tener algo de vergüenza, de dignidad y de grandeza. El resto de los primos asiente. Tengo ganas de caer encima de Pedro con la escuálida fuerza que pueda acumular en mis puños, pero antes veo que Laura, mi hermana, se enciende de indignación y está por empezar a hablar en mi defensa, casi a gritar,

pero también veo cómo Paula se adelanta unos pasos, apenas unos pasos, y dando saltitos como si fuera un hada dibujada nos regala una sonrisa inolvidable a quienes quedamos atrás, sumidos en la más plena amargura y en el más ramplón sentido trágico.

Es sabido, las reuniones familiares son momentos peligrosos, pero aun así nos empeñamos en organizarlas. La familia Robles, o al menos esa parte de la familia Robles que ocupa mi relato, vivía una especie de perpetua reunión familiar, un permanente riesgo. La tía Marta lo sabía pero tal certeza no hacía mella en su conducta, al contrario, actuaba como promotora enceguecida de cualquier posible escándalo.

Cuando el abuelo Tito cumplió ochenta años había mucha tela por cortar en el seno de la familia, muchas conversaciones trabadas que esperaban su resolución desde hacía lustros. Y todo ello se volcaría irremediablemente sobre el embarazo de Paula, acompañando y a veces superponiéndose a la celebración del cumpleaños.

La casa de Tito y Marta Robles se vistió entonces de fiesta: mi madre y mis tías hicieron compras dignas de una gran familia pudiente, compras que ilusionaron a mi abuela y que por un momento me llevaron a suponer que la nuestra se había convertido efectivamente en familia pudiente. Celia y Mara inflaron globos con la ayuda de mis hermanos y primos más chicos, y extendieron tiras de guirnaldas entre una punta y otra del patio de la casa, donde se desarrollaría el grueso de la reunión. Desplegamos una larga mesa debidamente decorada por las mujeres y pegamos en las paredes carteles con hermosas dedicatorias, que

iban del humor a la ironía y que expresaban con júbilo el amor que profesábamos al abuelo Tito. Había bebidas suficientes como para que todos nos emborracháramos equitativamente, y mientras organizábamos esto y aquello, y hacíamos girar música festiva, hijas, nietos y nietas reíamos a carcajadas, con esfuerzo y con histeria. Histeria familiar.

Más tarde el tío Lino repartió en base a un orden casi militar, los turnos para ocupar el baño, y en pocas horas la familia se lucía, impoluta y ebria, en el patio de la casa. Dispersos, tensos, y a la vez felices.

Quisiera detener mi relato en cada uno de nosotros, en cada integrante de la familia, pero la noche fue demasiado dinámica y mi cerebro no fue capaz de captarlo todo. En ese momento supe que bastaba con que el abuelo Tito fuese un hombre feliz. Me senté en una punta de la mesa, la más alejada del jolgorio, y desde allí me dispuse a observarlo. El abuelo había tomado mucho vino y cada vez que pronunciaba alguna palabra debía hacer primero el esfuerzo de separar la lengua pastosa del paladar, y en ese movimiento se podía escuchar, aun con la música a todo volumen, el cloqueo de su dentadura postiza. Tenía los ojos humedecidos y no creo que en aquel momento haya podido escuchar algo de lo que mi tío Lino parecía comentarle apasionadamente. Mi abuelo Tito no era lo que se dice un tipo duro, pero hubo un tiempo en que le gustaba aparentar que sí lo era. Había tenido una buena vida, o todo lo buena que una vida puede ser en la ciudad de Resistencia. Era fácil llevarle la contraria, ya que en determinadas cuestiones, y desde la perspectiva un tanto difusa con que aprendimos a manejarnos, sus opiniones podían considerarse simplemente arcaicas. El abuelo

era, si se quiere, un hombre sencillo, y ahí, en esa hermosa sencillez, residía su mayor encanto. Tuvo amigos entrañables, de los que hablaba con los ojos brillosos, tal vez por la emoción, puede que por el alcohol.

Después miré a mis hermanos y primos menores, que entre correrías ocupaban cada rincón, incluso el que me correspondía, como si fuesen roedores del infierno. Todos somos roedores, todos deberíamos asumir que no somos otra cosa más que roedores, y roedores infernales.

Me quedé sentado un buen rato, observando las guirnaldas que cruzaban el patio y que hacían las veces de techado, un techado de cables coloridos que se entrelazaban y creaban un dibujo psicodélico y loco, casi insostenible. En la otra punta de la mesa, se había declarado ya la embriaguez general.

Mi prima y mis primos mendocinos, tan rígidos los primeros días de visita en Resistencia, se relajaron y permitieron que el espíritu de mi hermana, de mi prima Celia y de Paula, les ganara la partida: contaban anécdotas osadas, competían entre todos para demostrar quién había llegado más lejos, quién había probado más o menos de esto o aquello; brindaban además como desaforados, por una cosa o por la otra, no importaba demasiado, tan sólo brindaban. Mi madre subió el volumen de la música y se unió por un momento a ellos; celebró un comentario procaz de mi primo Manuel y luego siguió su derrotero hasta llegar a la abuela Marta. Sosteniendo una copa de vino, extendió un brazo para abrazar a mi abuela, y recostó luego su cabeza sobre el hombro de Marta Robles. Después cerró los ojos. Sé que alguien les tomó una fotografía.

La tía Ana se acercó de pronto hasta mí y me preguntó cómo



estaba, cómo me sentía y por qué me había quedado solo en un rincón. Antes de que pudiese responder, mi prima Paula apareció desde un costado y me besó en la boca. Tenía gusto a sidra pero aun así el beso me hizo sentir feliz.

Sin embargo la felicidad es efimera, ha dicho alguien alguna vez. La voz del tío Lino se irguió como el cuerpo de un muerto vivo para decir lo mismo que la tarde anterior había dicho uno de sus hijos. La coherencia familiar, o la coincidencia si así lo prefieren, me resultaron notables.

Mientras el tío Lino, entonces, decía que yo era además de inmoral un retorcido, no pude evitar percatarme de que mi tío político era muy parecido a Woody Allen, pero un Woody Allen demasiado serio para mi gusto. Estamos de acuerdo en que Woody es una especie de pequeño gran sociólogo moral, o alguna de esas categorías que ensaya la crítica especializada. Pero en medio de todo, Woody es también un gran cómico y sabe dónde tocar para generar ternura. No es lo que sucede con el tío Lino; él podría jactarse si quisiera, de ser una versión de Woody Allen, una mala versión, grosera y prepotente, está bien, pero si alguna vez se hubiese atrevido a mencionar ese parecido (del que seguramente no tenía noticia y que, por lo demás, sólo era producto de mi imaginación) su carácter habría ganado mucho en seducción. Sin embargo, también es cierto que si el tío Lino hubiese llegado a decir tal cosa de sí mismo hubiese dejado de ser para siempre el tío Lino y habría pasado a convertirse, si no en Woody Allen, sí al menos en un hombre dispuesto a saltar al vacío, al vacío que fuese.

De esa manera, en unos pocos segundos la fiesta se vino al carajo. Lejos de responder los improperios, abracé a mi novia, a Paula, y le besé la panza. Su vientre tenía ya la forma típica

del vientre de las embarazadas. El miedo a la paternidad es un miedo muy común, hay quienes hasta se han vuelto locos por el hecho de convertirse en padres. No es mi caso. De ninguna manera podría enloquecer. Siempre fui un hombre tranquilo, más o menos inseguro, pero jamás loco. Ya tendría tiempo de preocuparme por mi hijo.

El beso en la panza de Paula fue un gesto provocador, es cierto, pero fue también instintivo y espontáneo. En ese momento amaba a mi prima, y además la reunión familiar me había sensibilizado.

El tío Lino, sin embargo, no lo entendió así y se enardeció aún más. Su rostro de Woody Allen se deformaba con la pronunciación de cada palabra, de cada insulto que lanzaba sobre mí, y atravesando el otrora festivo patio, el ánimo general empezaba a tensarse. Hasta que se rompió. Los primos mendocinos, Manuel y Pedro, empezaron a insultar a su padre con frases hirientes, que en un principio consideré fuera de lugar pero que al cabo advertí que se trataba de frases pronunciadas en mi defensa, con lo que no pude hacer otra cosa más que manifestar mi adhesión. Lo cierto es que las frases de Manuel y Pedro dejaban traslucir un resentimiento incubado a lo largo de los años, y se percibía, sobre todo, que no era la primera vez que ese resentimiento se exteriorizaba.

Quienes tuvieron el impulso de interceder, Laura y mi madre por ejemplo, comprendieron rápidamente que la discusión no tenía que ver con ellas y que por lo tanto no les correspondía acotar nada al respecto (más tarde, sin embargo, Laura diría que sí correspondía, porque el tío Lino había iniciado la discusión entrometiéndose en algo que no le concernía).

Tomé a Paula por la cintura y juntos empezamos a atravesar el patio en dirección al interior de la casa. El tío Lino y sus hijos no dejaban de gritarse, y de pie entre sus tres hijas, mis abuelos negaban con la cabeza en gesto desaprobatorio. Fue una escena desafortunada que no terminó allí, sino que se agudizó cuando Paula y yo casi dejábamos el patio y nos metíamos en la casa, y nos llevábamos por delante al tío Luis, que no sé de dónde había salido ni en qué momento había llegado, pero que estiraba un brazo y con una mano tan rígida como una tenaza, me apretaba el codo y me decía que esta vez me mataría.

Si antes el tío Lino me había parecido una mala versión de Woody Allen, ahora el tío Luis era una deplorable copia de los matones italianos de aquellas hermosas películas de Martin Scorsese. Pienso en películas como *Toro Salvaje*, como *Buenos Muchachos*, dos películas en las que actúa Robert de Niro cuando Robert de Niro era considerado el mejor actor del mundo. No sé si era o no el mejor, pero verlo con la cara hinchada por los golpes que le propina en *Toro Salvaje* aquel desesperado boxeador negro, o verlo matar a mafiosos desleales a fuerza de xenofobia y virilidad en *Buenos Muchachos*, son placeres que el cine de Hollywood pocas veces regala, pero que a la vez ningún otro cine es capaz de regalar.

El tío Luis entonces, mafioso italiano de poca monta, me apretó el codo de modo tal que no pude articular palabra, aunque de todos modos no había mucho que decir.

Desde el patio, en cambio, se escuchaban todavía los gritos de mis primos y del tío Lino. Con la cabeza inclinada hacia un costado, de modo tal que el apretujón que me propinaba Luis me permitiese un mínimo de aire, pude ver a Paula lanzando

puñetazos inútiles contra su padre. También vi a Ernesto, mi hermano menor, que salía del baño y se encontraba con ese triste espectáculo. Pese a mi situación, pese al riesgo concreto en que me encontraba, me di tiempo para pensar que esa imagen, la de Luis apretando mi cogote mientras Paula arrojaba golpes inútiles, quedaría grabada para siempre en la cabeza de mi hermanito.

Traté de pensar en la familia Robles, traté de imaginar la vida una vez que naciera el hijo que tendría con mi prima, un hijo que elegí, efectivamente, varón, y que reproduciría mejorados muchos de mis propios tics. Los padres somos así.

La noche, creo haberlo dicho, era hermosa, una cálida y piadosa noche de verano en Resistencia, ideal para que una familia se reuniese en plenitud con la excusa de celebrar a su integrante más viejo, a su propio germen, pero con el noble propósito de celebrarse a sí misma.

Cuando el tío Luis me soltó, mi ánimo era de nuevo el mejor y yo me sentía un hombre feliz.





## AUTORIDADES PROVINCIALES

Gobernador de la Prov. de Buenos Aires  
**D. Daniel Scioli**

Gobernador de la Prov. de Catamarca  
**D. Eduardo Brizuela Del Moral**

Gobernador de la Prov. del Chaco  
**D. Jorge Milton Capitanich**

Gobernador de la Prov. del Chubut  
**D. Mario Das Neves**

Gobernador de la Prov. de Córdoba  
**D. Juan Schiaretti**

Gobernador de la Prov. de Corrientes  
**D. Arturo Alejandro Colombi**

Gobernador de la Prov. de Entre Ríos  
**D. Sergio Daniel Urribarri**

Gobernador de la Prov. de Formosa  
**D. Gildo Insfrán**

Gobernador de la Prov. de Jujuy  
**D. Walter Barrionuevo**

Gobernador de la Prov. de La Pampa  
**D. Oscar Mario Jorge**

Gobernador de la Prov. de La Rioja  
**D. Luis Beder Herrera**

Gobernador de la Prov. de Mendoza  
**D. Celso Alejandro Jaque**

Gobernador de la Prov. de Misiones  
**D. Maurice Fabián Closs**

Gobernador de la Prov. del Neuquén  
**D. Jorge Augusto Sapag**

Gobernador de la Prov. de Río Negro  
**D. Miguel Ángel Saiz**

Gobernador de la Prov. de Salta  
**D. Juan Manuel Urtubey**

Gobernador de la Prov. de San Juan  
**D. José Luis Gioja**

Gobernador de la Prov. de San Luis  
**D. Alberto Rodríguez Saá**

Gobernador de la Prov. de Santa Cruz  
**D. Daniel Román Peralta**

Gobernador de la Prov. de Santa Fe  
**D. Hermes Juan Binner**

Gobernador de la Prov. de Santiago del Estero  
**D. Gerardo Zamora**

Gobernadora de la Prov. de Tierra del Fuego  
**D. María Fabiana Ríos**

Gobernador de la Prov. de Tucumán  
**D. José Jorge Alperovich**

Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires  
**D. Mauricio Macri**









## PROGRAMA DE CULTURA

---

El Consejo Federal de Inversiones, como organismo federal, brinda las herramientas necesarias para aportar al desarrollo y crecimiento armónico de todos sus Estados miembro.

Esta transformación es consistente y sostenible si la acompaña un proceso de enriquecimiento de las identidades regionales, a través de la puesta en valor del patrimonio cultural y del impulso a todas las manifestaciones artísticas.

Con ese propósito, el CFI viene desarrollando distintas actividades en el marco de su Programa de Cultura. En el transcurso del año 2008 merecen destacarse: el concurso Bienal Premio Federal; las asistencias técnicas presenciales para artistas y gestores culturales, con la intención de colaborar en la organización de los congresos provinciales; la participación activa en la Junta Ejecutiva del II Congreso Argentino de Cultura; la gira por la región NOA de la Muestra Itinerante de los Premios Federales y la Muestra Federal de Artistas Argentinos, con su ciclo "Argentina de Muestra", en la que se promueven a los mejores exponentes de las artes visuales, la literatura, la música, el teatro y la gestión cultural.

Esta publicación ofrece uno de los trabajos premiados en Letras en 2008, por su calidad expresiva y para deleite de los lectores.

 PROGRAMA DE  
CULTURA

  
SALAS  
FEDERALES

AUSPICIAN

---

  
ALBA  
*artística*

  
República  
Argentina

  
UNESCO

  
CFI

CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

San Martín 871 • C1004AAQ • Ciudad de Buenos Aires, Argentina  
Telefax: (011) 4317- 0700 • [www.cfired.org.ar](http://www.cfired.org.ar)